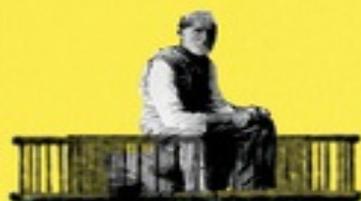




Uri Costak

El estilista

En un mundo en el que
todo iba tan rápido...
un hombre decidió parar.



DESTINO



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La historia tiene lugar en el pequeño pueblo francés Gyors de la Montagne, y podría suceder ayer, hoy o mañana. Todo se centra en una pequeña plaza mayor, sobre todo, en lo alto de una columna.

La columna sustenta la estatua ecuestre del Conde Italo Rodari, un prohombre de la zona y reclamo turístico del pueblo. Después de que durante una tormenta un rayo parta la estatua en mil pedazos, el pueblo ya se preparaba para enfrentarse a una involuntaria travesía por el desierto, despojados de su mayor fuente de ingresos.

Pero un hecho insólito sorprenderá a todos sus habitantes: un desconocido se instala en lo alto de la columna para quedarse, dice, todo el tiempo que le dejen.

El alcalde de Gyors de la Montagne, Pierre Laville, y su asesor Serge deberán decidir qué hacer con su extraña y excepcional petición.

Ésta es una historia sobre la libertad, la confianza y la responsabilidad de gobernar de las personas. Sobre el mundo de hoy en día y su velocidad. Y sobre la aventura interior de un hombre que, comprometido con su íntima búsqueda de conocimiento, tomará los caminos más inesperados.

El estilista

Uri

Costak

Traducción de Ana Ciurans

Ediciones Destino

Colección Áncora y Delfín

Volumen 1461

*A mi padre y a mi madre,
que me han ayudado a entender
el mundo y a imaginar otros.*

Todo empezó con un rayo. O dentro de unos ojos. O en el vuelo de un gorrión al atardecer. Nadie podría precisarlo con exactitud. Pero empezó, al fin y al cabo, en algún momento, y por esta razón tenemos la oportunidad de contar esta historia.

1

Contaban los que decían que lo vieron que el rayo fue una de las descargas más electrizantes que jamás habían caído del cielo; que el pueblo, por un instante que pareció suspenderse en el tiempo, quedó iluminado como si fuera de día, colmado de un intenso resplandor que se extendía sobre las paredes, desplegándose alegremente por las calles del casco antiguo.

Contaban los que decían que lo oyeron que el posterior estallido del trueno pareció arrastrar consigo todo lo que lo rodeaba; que los muebles de las casas más viejas sufrieron una sacudida tan inusual que algunos, incluso, se movieron de habitación.

Con toda seguridad, si rebuscáramos en los anales meteorológicos del continente, cada cincuenta años podríamos leer el testimonio de las huellas de una tormenta parecida. Caen muchos rayos sobre la tierra y, de vez en cuando, parece que todos tengan que caer en el mismo sitio, pero solo algunas veces, solo algunas veces, cae alguno que se recuerda como algo más que una simple aparición en una hermosa noche de primavera.

2

En Gyors de la Montagne, a eso de las seis y media de la mañana, cuando el rocío ya había dejado las flores bien húmedas y frescas y en el horizonte se adivinaban las primeras luces del alba, Ferdinand Moustache, el barrendero más viejo de la brigada, cruzaba la rue de Paris y enfilaba la pequeña plaza Mayor del pueblo para empezar su jornada laboral.

Una vez en el centro de la plaza, y siguiendo un ritual que lo acompañaba desde el primer día en que se convirtió en empleado municipal, se quitaba los guantes de las manos, se desabrochaba el primer botón del mono de trabajo, buscaba en los bolsillos el paquete de tabaco, el papel de fumar y el mechero y, reclinado en los peldaños de la base de la estatua ecuestre del conde Italo Rodari, ejemplo de virtud y coraje de la comarca, se disponía a encenderse un cigarrillo.

Ya hacía unas horas que la tormenta había cesado, el aire se había quedado frío, terso, límpido, y eso, que no era un hecho inusual durante el inicio de la primavera en la comarca, le dejaba los huesos doloridos y le costaba un poco más de esfuerzo pasar la escoba y recoger los papeles sucios que los turistas habían olvidado en el suelo.

Moustache dio la primera calada saboreando aquel momento, disfrutando de sus minutos de descanso. Pero pocos segundos después, a pesar de la última oscuridad de la madrugada, vislumbró una serie de pequeñas formas irregulares esparcidas por el empedrado de la plaza, como si fueran restos de un meteorito caído del cielo... Y entonces, el barrendero levantó la cabeza con un gesto que le hizo dirigir su mirada hacia el final de la columna que sostenía la estatua del caballero medieval más famoso del país.

Y ya no encontró nada.

O encontró un vacío.

Un vacío que horas más tarde solo atinaría a definir como indescriptible.

—Necesito refuerzos —dijo cuando la responsable de seguridad e imprevistos del municipio descolgó el teléfono.

—Aquí solo estamos despiertos tú y yo, Moustache —le respondió—. Y yo todavía estoy en pijama y en la cama.

—Pues ya puedes ir adelantando los despertadores de todo el ayuntamiento. Esto está hecho un desastre, parece una zona de guerra.

3

El alcalde del pueblo, Pierre Laville, llegó a la plaza antes de desayunar acompañado por su primo Serge, que era su asesor y jefe de gabinete. Sus caras de circunstancias denotaban la gravedad de la situación. Tras ellos, la brigada completa, los bomberos y la policía local los seguían con la cabeza gacha. Sabían que solo iban allí a hacer acto de presencia. En la pequeña plaza Mayor ya no podía hacerse casi nada más: acompañar los restos mortales, ayudar en el levantamiento del cadáver.

Los más compungidos eran, sin lugar a dudas, los vendedores de *souvenirs* y *merchandising* del conde Rodari. Alrededor de la imagen del caballero medieval se había desplegado un negocio inigualable para un pueblo tan pequeño: cientos de visitantes cruzaban las puertas de la plaza desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde y, después de haber fotografiado la estatua desde todos los ángulos posibles, compraban toda clase de recuerdos del caballero.

Pósteres, litografías, postales, camisetas, gorras, libretas, pines, disfraces, reproducciones en miniatura, sábanas, cojines, pañuelos... día tras día.

Los estragos de un rayo *muevemuebles* los había dejado sin su gallina de los huevos de oro, y ya se veían todos obligados a cerrar el chiringuito. De repente, tomaron conciencia de que formaban parte de otro tiempo. Una época que, sin previo aviso, acababa de escribir su punto y final.

En lo más alto de Gyors de la Montagne, en su pequeña plaza Mayor, el símbolo del pueblo y de toda la comarca había quedado hecho añicos. Y ver con sus propios ojos la gran estatua rota en mil pedazos dejó al alcalde y su asesor en estado de *shock*.

—Estamos muertos, Serge —expresó de forma solemne Laville.

—Pues entonces, alcalde —le susurró su asesor al oído—, tendremos que organizar el mejor entierro posible.

4

Si por amor todo vale, oíd, bienvenidos y bienvenidas, la historia de Italo Rodari, primero caballero, después conde y más tarde señor de todas las tierras de Gyors de la Montagne. Y conoced cómo un solo hombre, acompañado únicamente por un puñado de soldados, cruzó ríos y valles y se enfrentó a todo un ejército para proteger a su amada, Fiona, rescatarla de su secuestro y devolverla sana y salva a casa de su padre, el marqués de Montagne, a quien le pidió su mano.

Era una historia sencilla. Que hablaba de amor. De caballeros que arriesgan su vida por los ojos más bonitos de toda la Edad Media. Unos ojos verdes, luminosos, en los cuales, se decía, se reflejaba la felicidad.

Unos años antes, al alcalde y a su asesor se les había ocurrido recoger alguna antigua tradición de la comarca que les sirviera para impulsar el turismo en la villa. Si una ciudad como Bilbao se había hecho de oro gracias a un supermuseo como el Guggenheim, ellos harían lo mismo, a pequeña escala, gracias a un conde y a su estatua.

Primero dieron con una canción medieval que había perdurado en el tiempo y que las abuelas todavía tarareaban, después con algunos fragmentos, elegidos con intención, de las antiguas crónicas de los reyes de Francia, y, con esta materia prima, construyeron un relato lleno de amor y heroicidad. Un cuento que niños y niñas aprenderían en el colegio y que sería la excusa perfecta para las celebraciones y fiestas de todo el pueblo.

Mil años después de que aquella historia fuera contada por primera vez, sin demasiadas pruebas más y no sin ciertos reparos, el ayuntamiento presentó en la pequeña plaza Mayor del pueblo la estatua ecuestre del

caballero Rodari, valiente y atlético, imberbe y agraciado, y con un cierto aire al primo del alcalde.

Los resultados de la idea les sorprendieron incluso a ellos.

Sobre todo a ellos.

5

La estatua del conde, del caballero Italo Rodari, acabó haciéndose famosa en toda Europa. La había esculpido una jovencísima artista de forma gratuita, como trabajo de fin de curso. Era la hija del herrero del pueblo y, de hecho, la única escultora que había en todo Gyors.

—¿Cómo queréis que sea? ¿Qué queréis representar? —preguntó inocente al recibir el encargo del alcalde y su asesor.

—Haz la mejor estatua del mundo —le respondieron.

Y eso hizo.

Poco tiempo después de inaugurarla, un crítico inglés que se encontraba de viaje enológico por los valles de la comarca se quedó prendado de ella y escribió, en un periódico de referencia internacional, una columna que tuvo mucho éxito. Bernie Beds alcanzó también notoriedad gracias a su descubrimiento, y durante una buena temporada se instaló en el pueblo para escribir un libro acerca de la estatua, la artista y Rodari. Y siguió publicando artículos, y cuantos más artículos publicaba, más gente sentía curiosidad por acercarse a Gyors de la Montagne a contemplar aquella obra que tanto impacto les habría de causar.

La artista, Marie Badiou, empleó poco más de un año en esculpirla, y remató su labor colocándola sobre una columna sólida, resistente y ancha que el albañil de Gyors construyó para la ocasión. Había conseguido una imagen «potente, rompedora, que cautivaba por la extraordinaria serenidad de un hombre con todas las de la ley, de un caballero de mirada atormentada y penetrante que representaría para siempre la esencia virtuosa y perenne de la cristiandad en nuestra historia». Si se buscaba «caballero medieval» en Google, la primera foto que siempre aparecía era la de Rodari.

Pero la estatua ya no estaba. Verla rota, así, hacía daño, mucho daño. Y ahora, en la plaza, solo lucía, eso sí, digna y austera, aquella columna larga e imponente que la había sostenido durante tanto tiempo.

Vacía.

Sola.

Como una piruleta sin caramelo.

6

Los fragmentos de bronce de la estatua del conde Rodari se recogieron y se repartieron entre los vecinos y las vecinas dentro de bolsitas, como se había hecho con los trozos del muro de Berlín. En el pueblo, la bandera del municipio ondeó a media asta durante toda la semana. Los vendedores de *souvenirs* y *merchandising* del caballero empezaron a cerrar sus tenderetes y se deshicieron de todo el género con descuentos de hasta el noventa por ciento.

Los medios de comunicación, tanto los generalistas como los especializados en arte y cultura, se hicieron eco de la noticia del rayo y del compromiso adoptado por el gobierno del pueblo para encontrar una solución que permitiera volver a tener una estatua *comme il faut*. Laville y su asesor se reunieron con todas las asociaciones de Gyors y consiguieron que todos se comprometieran a reunir el dinero necesario para construir una nueva estatua.

—Haremos lo que haga falta para devolverle la vida a esta columna — declaró el alcalde ante los periodistas señalando hacia ese vacío que había quedado en lo alto de la columna.

En el núcleo duro del ayuntamiento, sin embargo, se sabía que sería imposible volver a tener la misma estatua. Marie Badiou ya era una artista consagrada con residencia en Oriente Próximo y en China, cerca de los grandes galeristas que habían convertido su obra escultórica en una de las más cotizadas del planeta, y cada vez que intentaron ponerse en contacto con ella llamándola al número de móvil que todavía tenían, nadie atendió la llamada.

7

Parecía que, tras años de felicidad, alegría y prosperidad, el pueblo empezaba su propia travesía por el desierto. Un camino diferente, una oportunidad para aprender, según sostienen los que algún día lo han tenido que transitar.

La lluvia siguió haciendo acto de presencia durante algunas semanas y dejó los campos tan blandos que los cerezos acabaron de florecer con los primeros rayos de sol de la primavera. Las golondrinas también llegaron al pueblo aprovechando que el día ya era más largo que la noche y que la temperatura resultaba ideal para el apareamiento; y el viento, ese viento que no había dejado de incordiar durante las últimas semanas, se puso a descansar.

Como si hubiera acabado de hacer su trabajo.

Como si ya hubiera llevado al pueblo todo lo que tenía que llevar.

8

En Gyors de la Montagne, a eso de las seis y media de la mañana, cuando el rocío ya había dejado las flores bien húmedas y frescas y en el horizonte se adivinaban las primeras luces del alba, Ferdinand Moustache, el barrendero más viejo de la brigada, cruzaba la rue de Paris y enfilaba la pequeña plaza Mayor del pueblo para empezar su jornada laboral.

A pesar de la desintegración de la estatua del conde, Moustache seguía con su ritual habitual. Los peldaños de la base de la antigua estatua ecuestre seguían siendo el mejor lugar en el que apoyarse para quitarse los guantes de las manos, desabrocharse el primer botón del mono de trabajo, buscar en los bolsillos el paquete de tabaco, el papel de fumar y el mechero para encenderse un cigarrillo.

Llevaba días sin llover, y todo hacía presagiar que el buen tiempo había vuelto para quedarse en el pueblo durante los próximos meses. El aire todavía era frío, terso, límpido, y parecía como si una Paz inusual, con p mayúscula, se hubiera apoderado de la plaza, de todo el ambiente.

Ferdinand Moustache, maestro barrendero, levantó la cabeza del suelo mientras daba las primeras caladas a su cigarrillo y, cuando su mirada recorrió el lugar que en los últimos años había ocupado el conde Italo Rodari, lo vio por primera vez.

En lo alto, también. Como una verdadera estatua.

Un hombre de pelo blanco, enjuto, vestido con cuatro harapos y sentado en la postura del loto, con las piernas cruzadas como un yogui, recibía con envidiable serenidad los primeros rayos de sol que acariciaban el pueblo.

Moustache se incorporó sobre la base grande y sólida de la columna.

—Eh, tú, ¿qué haces ahí arriba? ¿Cómo has subido? —preguntó—. ¿Me

oyes, forastero? —añadió levantando la voz.
Pero no obtuvo respuesta.

9

La presencia de un hombre encima de la columna dio la vuelta al pueblo todavía más deprisa que la noticia del estallido del conde Rodari. A las ocho y media de la mañana, ya se habían personado en la pequeña plaza Mayor la policía local, la brigada, las ambulancias y una dotación de bomberos. Los mismos cuerpos de emergencia que se habían presentado allí unas semanas antes, cuando se cayó la estatua.

Los bomberos sacaron una escalera de la vieja camioneta, que era la única que podía circular por los callejones estrechos y empinados del casco antiguo, y, tras recibir la orden del alcalde, uno de los oficiales se encaramó por ella para desalojar al extraño que había ocupado la columna.

Desde la plaza no podía oírse nada, pero se veía cómo el hombre que había subido de forma inexplicable hasta allí arriba giraba el cuerpo para dirigir la mirada al bombero. Poco después, este último bajó por la misma escalera por la que había subido y, cuando volvió a pisar la plaza, miró compungido al alcalde y a su jefe, deseosos de una explicación.

—No sé —dijo dirigiéndose a ambos en un tono quejumbroso—, es que me veo incapaz de obligarlo a bajar...

—Pero ¿por qué? —preguntó el jefe de bomberos.

—No sabría decirlo... Me resulta difícil... Me resulta imposible.

—Si tú no puedes, que lo haga otro —replicó Laville.

El jefe de bomberos decidió que lo haría él mismo. Le había sorprendido mucho que uno de sus mejores hombres, dotado de una fuerza y una valentía singular, hubiera reulado de aquella manera, tan sincera y al mismo tiempo tan inusual.

—Ya subo yo —dijo dirigiéndose al alcalde.

—Por lo menos pregúntale qué quiere... Que podamos saber a santo de qué se ha instalado aquí esta especie de vagabundo —le espetó Laville.

En la pequeña plaza Mayor todo el mundo estaba pendiente del jefe de bomberos que, paso a paso, peldaño a peldaño, subió hasta colocarse frente a aquel hombre. Cada vez había más vecinos concentrados en la plaza, y cada vez eran más los móviles que grababan aquella rocambolesca escena. Cuando el jefe llegó a lo más alto de la columna, el personaje que la ocupaba volvió a girarse lentamente hasta que sus miradas se cruzaron.

Acto seguido, pareció que el bombero perdía el equilibrio (lo que provocó un rumor expectante entre los asistentes). Pero nada más. Poco después, el jefe de bomberos empezó a bajar la escalera.

—Alcalde, lo siento —dijo en cuanto puso los pies en el suelo—. Me resulta muy difícil sacar a ese hombre de ahí arriba.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú también?

—No puedo bajarlo...

—¿Te has vuelto loco? —replicó Laville—. Pero ¿qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado?

—Le he pedido que cooperara, que se apoyara en mí para subir a la escalera, pero ni siquiera me ha respondido. Eso sí, me ha mirado intensamente —explicó.

—No puedo crérmelo. ¿Intensamente? ¿Me tomas el pelo? ¿No pretenderéis que llame al ejército o algo parecido? —respondió Laville.

—Alcalde, parece como si ese pequeño espacio de ahí arriba le perteneciera, se lo aseguro —prosiguió el jefe de bomberos sin abandonar el tono de justificación—. Tengo una extraña sensación. Como si quisiéramos desalojarlo de su casa. Y eso, aquí, en Gyors, no lo hacemos. Usted mismo lo ordenó.

10

El alcalde y su asesor lo miraban pasmados. En lo alto de la esplendorosa columna de nueve metros de altura de su pequeña plaza Mayor se dibujaba el perfil de aquel hombre medio desnudo, y la verdad es que no sabían qué hacer. Y lo peor de todo es que eran muy conscientes de que su actuación resultaba imprescindible.

Dieron tantas vueltas alrededor de la plaza que a esas alturas debían de estar ya bastante mareados. Entre la multitud se encontraron a Emmanuelle, a la que conocían desde hacía muchos años, y que era la única vecina con ventana y terraza hacia la pequeña plaza Mayor de Gyors. Lo demás era muralla y la fachada de un antiguo palacio —dependencias del ayuntamiento en desuso.

—¿Qué te parece, Emmanuelle? Tienes un nuevo vecino —le preguntó el alcalde con ironía—. Estaríais mejor en casa. Aquí empieza a haber tanta gente que creo que tendremos que desalojar.

—Pues mira, mi nieta y yo acabamos de bajar —le dijo dirigiendo la mirada a la pequeña Sophie, de quien se hacía cargo—. Lo hemos visto tan delgado que creemos que el hombre debe de tener hambre y hemos venido a daros una manzana para él.

—¿Qué opinas de todo esto?

—Qué quieres que te diga. Es gracioso, ¿no? —respondió riendo y acompañando su dulce carcajada con una mueca.

11

La plaza estaba cada vez más llena, y aunque parezca extraño, o quizá solo inesperado, la gente observaba a aquel hombre con admiración contenida. Los móviles de los presentes no dejaban de capturar imágenes y de grabar vídeos, y la noticia empezaba a difundirse por todas partes a través de las redes sociales de los que juzgaban aquel hecho tan insólito como para compartirlo.

—El estilita... —dijo en voz alta Serge, asesor y primo del alcalde, con el móvil en la mano.

—¿Qué dices? —le preguntó Laville.

—Así es como se llama a una persona que sube a una columna: *estilita*. Y las redes sociales ya lo han bautizado con el nombre de Estilita de Gyors.

—Estilita de los cojones. ¿Por lo menos dicen algo bueno?

—«¿Quién nos habría dicho que volveríamos a ver a un hombre encima de una columna quince siglos después?»... «¡Vaya tío!»... «Eso es lo que deberíamos hacer todos: tener el valor de decir “no” a la degeneración que nos rodea»... Cosas por el estilo. A primera vista, la mayoría, positivas. Es el tema más comentado del momento, se está extendiendo como un reguero de pólvora.

El alcalde tenía cara de estar dándole vueltas a la cabeza, y Serge se abría paso como podía, cada vez más encajonado por los vecinos y vecinas presentes en la plaza.

—Esto se nos escapa de las manos, Pierre —le dijo.

—Serge —añadió Laville—, pero ¿no te das cuenta? Si el conde nos hizo famosos en toda Europa, este hombre va a hacernos famosos en el mundo entero.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó su primo.
—Quiero hablar con él —recibió como respuesta.

12

Tenía los ojos azules, tirando a grises, como la piel de un delfín bajo el agua; el cabello largo, blanco y deshilachado, como si llevara el viento adherido a la calva; y la cara tostada de tanto vagar por aquí y por allá bajo el sol. No era muy alto y tampoco tenía aspecto de ser un hombre fuerte, pero transmitía una plácida calma, una serenidad envidiable.

—Hola —dijo cuando llegó arriba e intercambiaron la primera mirada—. Soy el alcalde del pueblo, el alcalde de Gyors de la Montagne.

—Buenas tardes —le respondió el estilista.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo aquí arriba? —preguntó—. Esto es un espacio municipal —añadió rápidamente.

—Todo el tiempo que me permitáis... —respondió.

—¿De verdad? Pero ¿qué haces aquí? ¿Por qué has subido a esta columna?

—Es un buen sitio para sentarse a contemplar el mundo.

—Pero si aquí solo hay una casa y este viejo palacio al que no sabemos qué uso darle y esos arcos bajo los que antes se resguardaban los vendedores de postales y *souvenirs* de nuestro conde. No hay nada que contemplar aquí.

—¿Y aquel gorrión que acaba de anunciar el vuelo, señor alcalde? Si esperamos un rato, puede que encontremos aún más cosas...

—¿Y si llueve? Todavía hace frío.

—Si te gusta que llueva, no te molesta la lluvia; si te gusta el frío, nunca tienes frío.

Arriba, en la plataforma, había una cuerda con la que se había atado un pie a un hierro que había quedado en la columna, uno de los clavos que habían sujetado la antigua estatua del caballo del conde Rodari. A su lado,

reposaba un cuenco pequeño plateado y una bolsa. El estilista sacó un trozo de pan de la bolsa y después se la entregó al alcalde.

—Quédesela, yo ya no la necesito —le dijo.

—Alto, que todavía no te he dado permiso para quedarte.

—Alcalde...

Laville volvió a mirar al hombre y suspiró, luego le dio la manzana que llevaba en la mano.

—¿Cómo te las arreglarás para comer? —le preguntó.

—No me preocupa.

—Podríamos traerte algo de vez en cuando.

—Será bienvenido.

—Está bien, aunque no sé por qué, dejaré que te quedes aquí arriba. Pero no vayas a caerte, ¿eh? Sería un auténtico desastre. Esta mañana, cuando te he visto por primera vez, no me habría imaginado que aceptaría algo así. Te estamos dando una oportunidad, ¿de acuerdo? Solo habrá una.

—Todo lo que no se da... se pierde —respondió el estilista, y arqueó los labios en una leve sonrisa. Como la de un niño.

13

El alcalde bajó de la escalera y les pidió a los bomberos que la retiraran, dio indicaciones a la policía local para que fuera desalojando la plaza y, acto seguido, ordenó a su equipo que convocara una reunión extraordinaria del Concejo Municipal para el día siguiente. Volvió a levantar la vista en dirección al estilita mientras los agentes acompañaban a la gente fuera de la plaza. Si no hubiera estado con él ahí arriba y no lo hubiera visto de cerca, habría jurado que levitaba. Tenían razón los bomberos cuando le dijeron que no podían desalojarlo. Aquel exiguo espacio en el punto más alto de la columna del conde Rodari parecía pertenecerle. Como si siempre le hubiera pertenecido.

Laville se dirigió a Emmanuelle y le pidió que se ocupara de llevarle algo de comer.

—Que no se nos muera de hambre ahí arriba —le dijo—. No te preocupes por el gasto, ya lo arreglaremos. Eres la única vecina que vive aquí, la única que puede hacerlo.

Serge, su primo y asesor, lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Alcalde, todo esto tiene pinta de ser muy arriesgado, ¿no?

—Mira, Serge, yo ya he cumplido con mi parte —le respondió—. A él le he dicho que sí, y mañana se lo comunicaré de forma oficial al Concejo Municipal. Ahora te toca a ti. Ayúdame a explicárselo al resto del mundo.

En una época en la que todo iba muy deprisa, aquel hombre había decidido parar. Nadie sabía por qué. Nadie sabía hasta cuándo se quedaría allí. Nadie sabía por qué había elegido aquel pueblecito de la comarca. Pero lo cierto era que, viniera de donde viniese, en la antigua columna del conde Italo Rodari había un hombre plantado, tumbado o sentado que tenía intención de quedarse allí todo el tiempo que le permitieran.

Cuando hubo dejado a su nieta en la cama, Emmanuelle salió a la terraza de su casa para observarlo un rato con unos binóculos que todavía tenía escondidos en un cajón. La plaza se había quedado vacía, y su única entrada estaba protegida por un miembro de la policía local, que se disponía a quedarse toda la noche de guardia. El estilita, justo en el centro, con el alumbrado público totalmente apagado, parecía suspendido en medio del universo.

Le costó enfocararlo, todo estaba tan oscuro... El reflejo de la luna creciente le teñía la piel de azul y a duras penas se adivinaba su silueta, el perfil de los hombros, lo que debían de ser sus cabellos... Parecía moverse un poco, sentado en aquella postura extraña que ella nunca había sido capaz de hacer, como si recitara una antigua letanía o entonara una canción de cuna.

«Así deben de dormir los loros», pensó. Medio de pie, medio tumbados durante toda la noche, sin acabar de encontrar un sitio donde apoyar la cabeza para echarse una buena cabezadita.

La reunión del Concejo Municipal del día siguiente no fue nada fácil, a pesar de que el alcalde y su partido independiente mantenían la mayoría en la Comuna de Gyors y gobernaban desde hacía más de diez años.

Cuando, al tomar la palabra, el jefe de la oposición, Lawrence de Palma, arremetió contra la decisión de Laville y le dijo que habían invitado a vivir en el punto más alto del pueblo a un extranjero totalmente desconocido, el alcalde replicó que tampoco sabían quién era el caballero Italo Rodari ni dónde había nacido cuando le permitieron entrar en tierras de Gyors de la Montagne para rescatar a su amada Fiona.

Cuando, al poco, el jefe de la oposición volvió a atacar su decisión afirmando que el problema radicaba en que le habían regalado el punto más alto del pueblo a un hombre que no poseía nada, a un pordiosero, y que su presencia daba una imagen nefasta de la villa, el alcalde replicó que a él siempre le había parecido que los que podían vivir sin nada y ser felices en realidad lo tenían todo.

Y cuando, en su último embate, De Palma sostuvo, retractándose un poco de su argumentación inicial, que, aunque pudiera convencerlo con aquellas ideas, porque desde la oposición también defendían la libertad de todo el mundo para hacer lo que quisiera, siempre y cuando se hiciera con respeto, no podía obviarse que la seguridad y la salubridad de la columna habían quedado comprometidas, el alcalde Laville le respondió:

—Coño, De Palma, no esperaba menos de usted, pero si come poco... también debe de cagar poco, ¿no?

A pesar de que nadie podía hablar todavía de árboles caídos, los concejales de la oposición habían encontrado una gran oportunidad para hacer leña y no la habían desaprovechado. No obstante, por seis votos a favor y tres en contra, y en el curso de uno de los plenos más largos de la historia del pueblo, el estilista pasó a ser considerado un nuevo vecino de Gyors de la Montagne.

El alcalde también hizo declaraciones a todos los medios que esperaban fuera del ayuntamiento a que acabara el Concejo Municipal. Les habló de sueños, de ilusiones, de decisiones difíciles y de la responsabilidad que comporta gobernar; del hecho de que, si bien lo que habían decidido podía herir la sensibilidad de algunos, el ayuntamiento creía que era mucho peor para el pueblo obligar al estilista a bajar que dejar que se quedara allí arriba todo el tiempo que quisiera; que, en realidad, no hacía daño a nadie y que esperaba que los medios tampoco se lo hicieran a él; que, por supuesto, el estilista no concedería entrevistas.

Después de darle muchas vueltas, de sopesar la situación una y otra vez, y en vista de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos, el asesor decidió que, más allá de la declaración del alcalde, el ayuntamiento no desplegaría ningún punto de vista oficial. Que aquel era el mejor modo para que la gente pensara por sí misma y, en consecuencia, hiciera más suyo al personaje. Que el estilista había decidido colocarse en lo alto de su columna, en su pueblo, y eso era lo que en realidad los hacía únicos, a ellos, a todos los habitantes de Gyors de la Montagne. Que desde el momento en que el alcalde había tomado de forma oficial la decisión de dejar que se quedara ahí arriba y su decisión había sido aprobada, lo único que podían hacer —y lo único a lo que podían comprometerse— era a gestionar su presencia en la columna y ponerla en valor.

La estrategia, ciertamente, estaba llena de contradicciones, pero, de alguna manera, les permitiría que la historia, como un bumerán, regresara siempre a su favor sin importar hacia donde se hubiera dirigido antes.

—Si nos posicionamos como defensores de la libertad, nunca perderemos esta batalla. Da igual si el que habla de nosotros es un periódico comarcal o el *The New York Times*; da igual si se queda en la columna una semana o veinte años —le explicó Serge al alcalde.

—¿Y no tenemos que hacer nada más? —le preguntó Laville, buscando aclarar del todo el asunto.

—Nada más. Dejaremos que todo pase ante nosotros tal y como tenga que pasar.

En la ventana de la sala capitular en desuso del antiguo ayuntamiento, que daba a la pequeña plaza Mayor, el gobierno colocó una cámara que, con un plano general, grabaría y transmitiría, prácticamente las veinticuatro horas del día de los trescientos sesenta y cinco días del año, la vida de aquel hombre que había subido a la columna.

El gobierno decidió cerrar la plaza para que el estilista continuara su viaje interior y la convirtió en un auténtico plató natural. Un plató abierto en el que cualquier ser humano con conexión podía observar, casi como si estuviera allí, todo lo que hacía.

Tal y como había expresado el asesor del alcalde, no tenían ningún plan. Seguirían cabalgando sobre una ola grande e imprevisible durante una especie de presente continuo que vete tú a saber cómo, cuándo y hacia dónde los conduciría. Y el pueblo, de manera casi solemne, se comprometía a poner a disposición del mundo entero (o eso decía la web del ayuntamiento) «una ventana global y continua abierta a la experiencia vital y sin filtros del Estilista de Gyors de la Montagne».

Durante algunas semanas, periódicos, televisiones, revistas y cientos de miles de personas a través de las redes comentaron, opinaron e informaron acerca de aquel acontecimiento que había llamado de una forma tan excepcional la atención de todo el mundo. Hablaron de prácticas ancestrales, de antiguos métodos de oración, de pus y de malformaciones, de viejos sabios de la Siria del siglo V que habían desconcertado a la Antigüedad, como Simeón o Daniel, los primeros hombres que habían subido a una columna, y que no bajaron de ella hasta que no tuvieron lista otra más alta.

Se discutía sobre si el estilita era un buen ejemplo para los adolescentes, del rendimiento que podía aportar al país desde el punto de vista de la imagen de marca ahora que se había convertido en un tema global, o incluso de si era positivo que un ayuntamiento tan pequeño se hiciera cargo de aquella enorme responsabilidad. Los detractores veían el ejercicio del estilita como una mortificación patológica, como una aberración; sus defensores, como un acto ejemplar de libertad.

El pueblo, en cualquier caso, estaba vivo.

Volvía a ser algo más que un pueblo.

Y su monumento más emblemático, en lo más alto de Gyors, un punto cercano y extraordinario fijado en el profundo y misterioso imaginario de todo el planeta.

20

El estilita había subido a la columna obedeciendo a una especie de impulso vital. En realidad, no sabía muy bien por qué. Sencillamente, tenía curiosidad y paciencia para esperar a que pasara lo que tuviera que pasar, si es que tenía que pasar algo.

Habría podido seguir con su periplo de vagabundeo de un lado a otro, caminando despacito, como llevaba haciendo desde hacía años. De las montañas del norte de la India, cerca del rostro de hielo que daba vida al gran río, descendió por valles y senderos, por caminos sin camino. Cruzó grandes ciudades llenas de gente acelerada, y también pasó por pueblos pequeños donde encontró hombres que lo recibieron con amabilidad y a mujeres que solo por su atractivo y su generosidad le abrieron sus cuerpos y también sus almas. Pero él no quería atarse a nada, ni siquiera al amor o a la amistad, porque lo distraían.

Su vida era un incesante caminar, en paz con todo lo que la vida tenía que ofrecerle. Se había visto rodeado de perros famélicos en un viejo barrio de Hyderabad y ni siquiera había temblado; había sobrevivido a las razias populares provocadas por el cierre de un diario desafecto al régimen en la ciudad de Lahore, y en ningún momento se apartó de la infeliz muchedumbre.

En un planeta tan convulso, las montañas se convirtieron en su lugar de descanso, en su refugio. El olor de los pinos negros lo reconfortaba, el baile de los corzos lo reconciliaba con el mundo y la corriente de agua de un riachuelo, con la vida. En primavera solía salir a pasear descalzo para sentir bajo sus pies la tierra dando de nuevo sus frutos; en verano, se tumbaba sobre los campos para sentir con más intensidad cómo el sol lo alimentaba; y, en

otoño, le gustaba volver a caminar descalzo sobre la tierra mojada por las primeras lluvias y agradecía el simple hecho de existir. Disfrutaba de todo, y ni el frío de los meses más rigurosos del año podía detenerlo. Durante una temporada, como si fuera un oso, llegó a hibernar en una cueva del Beluchistán. Allí se convirtió en un maestro del ayuno.

El tiempo no importaba. El espacio, a pesar de su insistencia en desplazarse de un lugar a otro, tampoco. Se dejaba llevar y vivía con lo que la vida le ofrecía, con aquello que buenamente le proponían los días y los astros.

Alegre.

Confiado.

Atento.

Ingenuo, también.

Por esa razón, todavía más vivo.

Si sentía ganas de comer, buscaba alimento, y cada día necesitaba menos. Si sentía ganas de dormir, buscaba un rincón donde descansar. Si los harapos que lo cubrían ya eran inservibles, pedía alguna pieza de ropa sin importarle su color ni su material.

Cada instante lo llevaba al siguiente. Y así, poco a poco, año tras año, mes tras mes, día tras día, cada vez más lentamente, se fue acercando, delgado y raído, a la pequeña plaza Mayor de Gyors de la Montagne, a la cima de la columna del caballero Italo Rodari, donde finalmente paró.

Las primeras horas que pasó encima de la columna no fueron del todo normales. Había subido allí con la ayuda de una cuerda sencilla, utilizando una técnica para encaramarse a las copas de los árboles que había aprendido de unos leñadores de la antigua Mesopotamia.

Una vez arriba, se relajó un momento sobre aquella plataforma de piedra, que había quedado truncada en el punto más alto de la columna, y comprobó que cabía tumbado. De la bolsa que llevaba consigo sacó un chal con el que siempre se cubría cuando refrescaba. Estiró las piernas y las cruzó en la postura del loto. Recogió los brazos y los apoyó sobre las rodillas. Levantó despacio el mentón y, después de notar que los primeros rayos de sol de la mañana empezaban a calentar, cerró los ojos y se puso a meditar.

No oyó a Ferdinand Moustache cuando el maestro barrendero lo llamó.

No percibió el ruido de los miembros de la brigada ni de la policía local cuando se desplegaron alrededor de la plaza.

Tampoco sintió cómo los bomberos subían por la escalera y le pidieron que bajara: a pesar de que se dirigieron a él con amabilidad, solo pudo devolverles una cándida mirada.

Y todavía se encontraba como en una nube cuando apareció el alcalde y le habló por primera vez. No recordaba exactamente lo que le había dicho ni de qué habían hablado, pero cuando acabaron se le quedó grabada en la cara una sonrisa afectuosa, y nadie más le pidió explicaciones por haber subido a la columna.

Caminar y viajar le habían proporcionado muchos estímulos, muchas vivencias; necesarias, por supuesto, bienvenidas. Pero ahora quería olvidarlas, tenía que filtrarlas, o, mejor dicho, destilarlas.

Sentía que había llegado la hora de quedarse con lo esencial.
De dejar de mirar el mundo y pasar a contemplarlo.
Para sentirlo.
Para profundizar verdaderamente en él.

El acceso a aquel rincón emblemático del pueblo, a la pequeña plaza Mayor de Gyors de la Montagne, quedó circunscrito a las autoridades, a la brigada municipal, a la policía local, a los bomberos, a Emmanuelle, a su familia y amigos, y a todos los que participaban en las visitas guiadas de los sábados y los domingos por la mañana. Los participantes tenían que apuntarse a una lista de espera que al cabo de pocas semanas ya había superado los tres años, como los grandes restaurantes del momento. «Se caerá antes de que llegue el último visitante», comentaban en broma las redes sociales. Pero lo cierto es que ya estaban a principios de verano y el interés por ver al estilista y saber más acerca de él no decaía. Todo lo contrario, aumentaba.

Un filósofo canadiense escribió que todo aquello respondía al hecho de que el mundo estaba falto de historias reales, auténticas, que lo reconciliaran con las evidentes contradicciones de la condición humana. Una escritora mozambiqueña añadió que los humanos siempre buscaban a alguien que les devolviera la fe, alguien que supiera transmitir algo parecido a un atisbo de verdad. Por su parte, un sociólogo polaco sostuvo que, como también había ocurrido en el siglo V con Simeón o Daniel, a los hombres seguía sorprendiéndoles que un semejante fuera capaz de realizar un sacrificio de aquella clase para alcanzar algo que la mayoría de ellos era incapaz de entender o, en el caso de entenderlo y compartirlo, era incapaz de poner en práctica.

Cada cinco días, cayera en el día de la semana que cayese —siempre y cuando no fuera sábado o domingo—, a las doce del mediodía, Emmanuelle se colocaba a los pies de la columna del conde Italo Rodari y esperaba que el estilista le lanzara una cuerda que los de la brigada municipal le habían colocado arriba. Justo en ese instante, la cámara de la pequeña plaza Mayor dejaba de funcionar y en el canal web del ayuntamiento que emitía en directo aparecía una leyenda que explicaba que la retransmisión de la vida del estilista se detenía temporalmente para realizar trabajos de mantenimiento. Solo un ratito, una media hora. Lo mismo pasaba cada día a medianoche, pero en ese caso era para que la máquina que registraba su vida pudiera almacenar las horas de grabación diarias en el servidor.

Entonces Emmanuelle ataba a la cuerda una cesta de mimbre que contenía una bolsa con provisiones para los días siguientes y tres litros de agua en una gran cantimplora metalizada. Recibía de vuelta el mismo cesto con la fiambarrera sucia de los restos del cargamento anterior y otra cantimplora, ahora vacía.

Desde abajo, Emmanuelle veía que el estilista la miraba mientras recogía el paquete y le ofrecía una sonrisa genuina. Parecía como si la abrazara completamente con la mirada.

Como en la red no había encontrado recetas para estilistas, la cocinera accidental había optado por platos vegetarianos: garbanzos con alcachofas, lentejas con zanahorias, berenjenas con miel... platos que aportaran las fuerzas suficientes para comer poco sin desfallecer. Las recetas de Emmanuelle eran tema de discusión en las redes, y los medios de comunicación con más audiencia del mundo le habían propuesto artículos,

entrevistas o colaboraciones que había rechazado muy amablemente, como cuando por la calle algún joven le plantaba en la cara la octavilla publicitaria de una ONG. Puesto que el estilista no hablaba, querían que lo hicieran los que estaban en contacto con él. Pero el ayuntamiento seguía la norma no escrita de influir lo mínimo posible en los estados de opinión. De dejar que fuera la gente la que se hiciera una idea por sí misma, tal y como había explicado el asesor del alcalde, y de limitarse a facilitar los comunicados que exponían la gestión instrumental de la presencia del estilista en la columna del pueblo.

«Hoy, 23 de julio, la brigada municipal limpia la pequeña plaza Mayor de Gyors de la Montagne de las 6.30 h a las 8.00 h. El trabajo correrá a cargo del barrendero Ferdinand Moustache.» «Este domingo, 27 de julio, participan en las visitas guiadas del estilista trescientas personas procedentes de ciudades y pueblos de todo el mundo: Sant Llorenç de la Muga, Florencia, Palamós, Banys de Tredòs, Ses Salines, París, Siracusa, Selva de Mar, Nueva York, Roma...» «Este 29 de julio, la señora Emmanuelle Filomen ha preparado un plato de judías blancas con espinacas para incorporar a la próxima entrega de provisiones para el estilista.»

Todo muy claro. Ordenado. Neutro.

Los fines de semana en Gyors de la Montagne eran como los días de fiesta mayor en los otros pueblos de la comarca. El aparcamiento habilitado en las afueras del casco antiguo para los visitantes de la estatua del conde Rodari volvía a funcionar a pleno rendimiento. Los participantes bajaban de sus coches y, como si de una manifestación se tratara, iban adentrándose en un pueblo que en muy poco tiempo había incorporado todos los valores y atributos que la gente asociaba con el estilista.

La venta, el comercio, el negocio... todo eso, en el fondo, seguía siendo lo mismo, no había cambiado. Pero si antes se sustentaba en la guerra, en el amor, en la heroicidad, en el mito de la construcción de un pueblo y en la exaltación de unas raíces fundadoras que podían contribuir a dar sentido al presente colectivo y trazar, de alguna manera, un hilo conductor para vislumbrar el futuro, un relato con las clásicas dosis de romanticismo conservador y pequeñoburgués, ahora la atmósfera sociocultural de Gyors había dado un giro total hacia la rebelión espiritual, a favor de soluciones que, a pesar de nacer de posiciones individuales, afectaban a toda la comunidad. Y, claro está, aquella revolución personal —llevada sin duda al extremo— reivindicaba, de alguna manera, que, a pesar de los impedimentos, de las tensiones y de los poderes que siempre, siempre, siempre defendían todo lo que contribuyera a que nada cambiara, había cabida para hacer las cosas de otra manera. Sí, todavía era posible hacer las cosas de otra manera.

Así que en lugar de menús caballerescos a base de carne, caracoles, paletilla de cordero a la brasa, tartaletas de mermelada de fresa, vino y cerveza, ahora asomaban los menús flexitarianos con tofu, las hamburguesas de brécol, los consomés vegetales, los zumos *detox* y la omnipresente

merluza a la plancha. Donde antes destacaban los juegos de espadas, los cascos y los escudos con el emblema del pueblo (tres monedas de oro enterradas bajo un roble), ahora sobresalían la nueva tienda de una marca de ropa para yoguis occidentales que había abierto en el centro de Gyors y el primer espacio de meditación zen inaugurado en la villa, cuyo nombre era La Golondrina.

Los antiguos vendedores de *souvenirs* y *merchandising* del casco antiguo volvieron al trabajo, y, a pesar de que esta vez, para no molestar al estilita, no habían instalado el tenderete bajo los arcos de la pequeña plaza Mayor, como habían hecho con el conde, se repartían por las calles y placitas del casco antiguo. En el pueblo volvían a venderse pósteres, litografías, postales, camisetas, gorras, libretas, pines, disfraces (cuyo precio y peso, obviamente, se había reducido a la mitad), reproducciones en miniatura, sábanas, cojines y pañuelos... día tras día.

La imagen del estilita había sustituido a la del caballero Italo Rodari, y todo el mundo se comportó como si aquello fuera lo más natural del mundo. El estilita no sabía nada del negocio que su estancia en lo alto de la columna de Gyors de la Montagne representaba para los habitantes del pueblo, y nadie consideró necesario ponerlo al corriente. Quizá porque algunos tuvieron miedo de que en cualquier momento se diera cuenta y reclamara la parte del botín que le correspondía en toda aquella historia.

De entre todos, porque tampoco faltaron detractores y verdaderos trols, el que peor lo pasó fue, sin duda, Bernie Beds. El crítico inglés fue uno de los grandes afectados por aquel cambio. Había apostado el último tramo de su carrera al estudio y la defensa de la estatua del conde Rodari y, ahora que se había evaporado, que ya formaba parte de la historia, no lo invitaban a participar en nada.

—Lo siento, Bernie —le dijo el alcalde—, pero al final no podremos hacer otra estatua y no podré encargarte un proyecto de museo contra el olvido. El conde Rodari estuvo con nosotros el tiempo que quisieron los dioses, no sé qué decirte, no podemos hacer nada más. Aquí lo hemos aceptado todos menos tú. Badiou tampoco respondió cuando intentaste ponerte en contacto con ella, ¿no? —le preguntó a pesar de conocer la respuesta—. Y además, como has tenido ocasión de comprobar, esto del estilita funciona muy bien...

El crítico inglés se fue del ayuntamiento muy enfadado y con el rabo entre las piernas. Dos días después de su conversación con el alcalde apareció en la pequeña plaza Mayor borracho como una cuba y, aprovechando un momento que el vigilante de seguridad estaba despistado, se colocó en el plano general de la cámara y, sin decir nada, se bajó los pantalones para dejar las nalgas al aire con la leyenda «*Go fucking home*» escrita en el culo. La escena se convirtió en uno de los vídeos más vistos del año, sobre todo porque el estilita, al verlo, se echó a reír descontroladamente, con una risa contagiosa que se oyó en toda la plaza y retumbó en el mundo entero. Cuando Bernie Beds se volvió y vio aquella cara de intensa felicidad, se dio cuenta de que se había equivocado. Y se puso tan rojo como el tomate más maduro de

la comarca.

Con todo, a partir de ese momento, el crítico se convirtió en la persona que los medios invitaban a las tertulias para representar a los opositores del estilista, lo cual le fue muy bien para seguir reivindicando, cada vez con menos énfasis (todo hay que decirlo), la magnífica estatua del conde Italo Rodari que había presidido la pequeña plaza Mayor del pueblo durante todos esos años.

Curiosamente, la reacción de su creadora, la escultora Marie Badiou, no se pareció en nada a la suya. Hacía meses que no se la veía por ninguna parte, y su marchante, apremiado por tanto requerimiento, facilitó a los medios de todo el mundo un comunicado en el que la artista declaraba su tristeza por la destrucción de la estatua, su primer trabajo profesional, afirmaba que seguía conmovida por la manera tan radical con que la naturaleza la había señalado y aseguraba que, a pesar de todo, seguía con gran interés el periplo sobre la columna del estilista, que le parecía, sin duda, un hombre bueno.

Así, la artista acallaba las numerosas especulaciones que se habían hecho sobre ella, para seguir viviendo tal y como le gustaba hacerlo: ajena a la palabrería de los medios de comunicación y concentrada en sus trabajos presentes y futuros.

Era difícil entender qué hacía el estilita allí arriba... al menos para quienes no se habían informado lo suficiente sobre el significado de su aventura. No sabían que el primer estilita conocido fue Simeón, un cristiano del siglo V que estaba convencido de que para llegar a Dios debía renunciar a los placeres carnales y acercarse a él tanto como pudiera. Una columna de seis metros le pareció buena idea para estar más cerca del cielo que el resto de los mortales. Reyes y vagabundos peregrinaron bajo su columna, que Simeón fue cambiando con los años por otras más altas, y muchos hablaron de los milagros que se obraban desde allí arriba. Contaba la leyenda que fue un hombre tan querido que el día en que empezó su viaje para presentarse ante el altísimo hasta los pájaros lloraron. Nadie aclaró si era de tristeza o de alegría.

Al estilita de Gyors, en cambio, no lo inspiraba ningún dios ni ninguna religión, sino que tenía una motivación propia, personal, para sí mismo. Eso era lo que le había impulsado desde joven a tomar las decisiones que había tomado. Pero al final, para la mayoría de la gente, el resultado era el mismo que con Simeón: había un hombre, había una columna y había un hombre sobre una columna.

—¿No nos habremos equivocado al permitir todo este circo, Serge? — reflexionaba en voz alta el alcalde a menudo.

—Que no lo parezca, Pierre. En cualquier caso, lo importante es que no lo parezca... —respondía su asesor—. Pase lo que pase, no debemos perder la calma. Este hombre nos ha catapultado al centro del mundo, eso es cierto. Pero si abarcamos poco, será más difícil que se nos vaya de las manos.

La estrategia de no decir casi nada, de no intentar construir el relato desde el centro de la historia, dejó mucho espacio para dibujarlo desde los márgenes, y eso, a menudo, ofrecía resultados contradictorios, sorprendentes, sobre todo porque eran absolutamente incontrolables. Ese era el riesgo. La vida misma.

El tema era tan delicado que el ayuntamiento se podía sentir atacado, maltratado y herido por cualquier cosa que se dijera. Y aun así, es cierto que la mayoría de las veces recibían opiniones que alababan al estilista y al gobierno de Gyors hasta lo inverosímil, lo cual les ofrecía un buen motivo para acabar la jornada en la barra del Van Van tomando unas cervezas. A pesar de las buenas noticias, habría sido un verdadero alivio poder ahorrarse el dossier de prensa de las mañanas. No era un mundo para personas de piel fina.

Hacía unos tres meses que el estilista había escalado hasta la cima de aquella columna y la presión mediática no aflojaba; al contrario, seguía subiendo. El equipo del presidente de la República, Maximiliane d'Alamede, había hablado con el ayuntamiento de cara a hacer una visita al pueblo. Las encuestas que periódicamente se realizaban en las cocinas del gobierno de la nación habían incluido preguntas relativas a la percepción que los franceses tenían del estilista, y los resultados revelaban que era una de las personas del país en la que los ciudadanos más confiaban. La veracidad que se desprendía de su actitud y la autenticidad que comunicaba aquella puesta en escena tan austera habían llegado al corazón de la gente, y eso era algo que el poder no podía dejar escapar.

—¿Venir a Gyors? ¿Organizar un encuentro? ¿Con medios de comunicación de todo el mundo? Uyyy... La verdad es que aún no estamos

preparados para algo tan grande —respondieron desde el ayuntamiento para marear la perdiz y ganar tiempo.

—Pues no os preocupéis —respondieron los del gabinete del presidente—. Ya lo organizaremos nosotros.

El estilita, claro está, seguía ajeno a todo el revuelo que causaba su presencia en el pueblo. Debió de sentir más presión aquel adorable gorila blanco que durante años animó el zoo de la ciudad de Barcelona.

En poco tiempo advirtió que al detenerse y colocarse encima de la columna había ganado en profundidad. Como había intuido antes de subir, los días se alargaron y empezó a sentir el mundo, el universo... como si los llevara a hombros. Y lo más curioso era que no pesaban nada. Eran ligeros como la pluma de un pavo.

Desde allí arriba, sentía la energía de los bosques húmedos y primitivos estratificados a lo largo de millones de años en las capas más profundas de la tierra; de alguna manera, notaba las pieles, el barro y la paja de las primeras cabañas; la piedra y la madera de haya y de roble de las siguientes construcciones que hicieron de Gyors uno de los pueblos medievales más bonitos del país. Recibía incluso el eco extraño que todavía emanaba del trabajo que había permitido levantar la columna donde ahora descansaba. Y eso le confirmaba, íntimamente, que en aquel momento no existía en todo el mundo un espacio mejor para vivir. Que allí, en lo más alto de Gyors de la Montagne, era el único lugar donde debía estar.

Se sentía en paz.

En armonía.

En plenitud.

Protagonista de un acuerdo universal.

Sumido en una danza eterna donde el todo y la nada se acariciaban las manos con ternura.

Durante todo ese tiempo, la vida social de Emmanuelle creció de forma exponencial. El hecho de alimentar al estilista y de que la terraza de su casa fuera el único lugar del pueblo desde donde se podía ver tan de cerca cómo vivía y qué hacía aquella especie de santón, la habían convertido en la persona más popular de todo Gyors. Todo el mundo quería visitarla. Como era de prever, la cena que celebraba una vez al mes con sus antiguas compañeras de colegio se trasladó a su casa.

—¿Qué haremos el año que viene cuando todas cumplamos los cincuenta y cinco? —preguntó una.

—Nosotras solas, sin hombres —respondió otra.

—Que me traigan uno bien guapo...

Y se reían juntas.

Charlaban de cualquier cosa, de la vida, del precio de las gambas de la pescadera del pueblo, de los rumores acerca de las amantes del asesor del alcalde, de su trabajo, de la gran fiesta que iban a organizar el año próximo cuando cumplieran los cincuenta y cinco... pero, sobre todo, desde la noche del rayo *muevemuebles*, hablaban de la columna, del que había dejado de cabalgar sobre ella y de su peculiar sustituto.

—Tiene algo sexi, ¿no? —comentó una de las amigas.

—Sí, puede ser. Visto desde aquí, desde la terraza, no parece tan pequeñito. Pero primero necesitaría una buena ducha, ¿no? —respondió la segunda.

—¿Sabéis cómo se llama técnicamente a un hombre como ese?

—¿«Técnicamente»? ¿A qué te refieres?

—Pues que a un hombre que sube a una columna, aparte de estilista,

también se le llama con otro nombre. Algo más técnico. Un hombre que cocina es un cocinero, pero también un chef, por ejemplo. Pues a un hombre que vive sobre una columna se le llama...

—¿Cómo?

—No os lo vais a creer.

—Venga...

—Fa-ló-ba-ta.

Y todas se echaron a reír.

—¡Te lo has inventado! —dijeron al unísono.

Y siguieron riendo.

—Vamos, no os cachondeéis de mi fa-ló-ba-ta —añadió Emmanuelle mientras disfrutaba repitiendo la broma—. Este hombre está haciendo algo extraño, desde luego. Pero también es diferente. ¿No os parece emocionante? No sé, chicas, vivimos en un mundo feo, lleno de oscuridad, pero algunas veces aparece alguien que, no sabes exactamente por qué, lo ilumina todo un poco. Aunque su luz sea tan efímera y distante como la de un rayo en una tormenta.

Emmanuelle acabó sintiendo una gran cercanía hacia la vida del estilista. Desde la cama de su habitación, justo por encima de la ventana que daba a la plaza, podía verle la cabeza y la mitad del torso cuando el santón se quedaba inmóvil. Debían de separarlos unos veinte metros de distancia. Sentía como si flotara delante de ella.

Seguía observándolo desde la terraza con sus viejos binóculos hasta bien entrada la noche. Y también de día, escondida detrás de las cortinas. Fue así como se dio cuenta de que el estilista, al cabo de unos meses de estar allí arriba, incólume bajo el sol, paciente frente al viento, abstraído en presencia de las comitivas que lo visitaban cada fin de semana, empezaba a sufrir un cierto deterioro físico. Tantos días encima de una columna no debían de ser buenos para nadie.

—Pierre, Serge, comparto vuestra opinión de no intervenir, me parece la manera correcta de actuar, pero, precisamente por eso, deberíamos asearlo un poco, o cortarle las uñas, al menos, ¿no creéis? —les preguntó al alcalde y a su asesor.

—¿Las uñas? —preguntó Serge.

—Y no solo eso, si te acercas con los binóculos se ve que tiene sangre en una pierna. Deberíamos curarlo, protegerlo...

—¿Cuándo quieres subir, Emmanuelle? —preguntó el alcalde.

—Cuando digáis. Pero creo que antes de que empiecen las lluvias de finales de septiembre podría ser un buen momento.

Allí arriba, solo, el estilita veía rodar el universo sobre su cabeza, día tras día, noche tras noche. Con perseverancia y determinación, siguió practicando la vigilia, y durante aquellas horas de auténtica quietud en las que el pueblo entero dormía, sentía que la vida proseguía con su trabajo de encaje, percibía la gran vibración que emanaba del cosmos, desde el mismo centro de una inmensidad sin límites. Y, precisamente, cuando cerraba los ojos, penetraba en el fondo del mundo. Y a medida que el tiempo se alargaba, volvía a percibir los olores y a escuchar el antiguo rumor de las cosas. Y el silencio, el hermoso silencio, le proporcionaba, en realidad, la oportunidad de concentrarse en otra voz, una voz que procedía de otro lugar, que le hablaba en otra lengua. Una lengua que no necesitaba de signos ni palabras para ser abrazada.

Grave.

Segura.

Amable y comprensiva.

Completamente suya.

El ejemplo del estilita dio la vuelta al mundo. Algunos lo recibieron como una inspiración. El gesto de detenerse allí arriba, ese derecho a la protesta que, de alguna manera, rezumaba su actitud, había merecido los elogios de gente de todas las condiciones y de todos los rincones del mundo. No fue extraño, pues, que le salieran algunos imitadores. Aunque ninguno de ellos corriera su misma suerte.

En una aldea de África meridional, un hombre construyó una columna ladrillo a ladrillo y, cuando por fin se colocó sobre ella, sus propios vecinos lo hicieron bajar a pedradas. Cuando se cayó, las autoridades lo detuvieron acusado de «perturbar la paz social del país». En una ciudad de tamaño medio del centro de Estados Unidos de América, dos gemelas adolescentes hicieron lo mismo en el patio de su casa. La gracia era que el edificio donde vivían estaba ubicado justo enfrente de la oficina del fiscal del distrito. Fue el propio padre de las jovencitas quien, a golpes de martillo, destrozó la columna a la que habían subido mientras estaba fuera del pueblo participando en un rodeo; el diario local habló de medio año sin paga semanal. En una república exsoviética, siete chicos y chicas estudiantes de la Universidad Politécnica del país empezaron una protesta desde siete columnas de la ciudad que se habían quedado vacías tras la caída del comunismo y no habían sido ocupadas por ningún nuevo líder. El gobierno respondió tramitando una normativa legal exprés con penas de prisión que prohibía a cualquier persona colocarse sobre una propiedad pública y todo volvió a la normalidad. «El imperio de la ley», dijeron los gobernantes.

Todos estos ejemplos, que no fueron los únicos, no hicieron más que iluminar la decisión del alcalde de Gyors de la Montagne. Al permitir que

aquel hombre se quedara en la columna del pueblo, Pierre Laville había lanzado, aunque fuera de manera intuitiva, un mensaje profundo a todos los ciudadanos y, de paso, a todo el país, al mundo entero. Una lección de apertura, de libertad, de aceptación del otro, de reconocimiento de la diferencia...

Precisamente por eso, algunos consideraron que la responsabilidad del gesto que realmente rompía con los convencionalismos y hacía implosión en la perversa sociedad del espectáculo dependía más de la decisión del alcalde y su gobierno, que habían puesto en valor, acogido, protegido y potenciado el gesto del estilista, que del santón mismo, que había llevado a cabo una *performance* que incluso para sus más fervientes admiradores tenía un punto extravagante.

Y en aquel momento las miradas de los que se sentían más insultados por aquel gesto cambiaron de dirección.

Y se clavaron en el alcalde.

Y también en su asesor.

Tal vez fuera porque el anuncio del presidente sobre su futura visita a Gyors había puesto en alerta a todos sus adversarios políticos y a la maquinaria mediática que los acompañaba, o tal vez porque, sencillamente, no hay nada perfecto y todo tiene su contraparte... el caso es que en algún rincón del imaginario social se sembró la duda, la larga sombra de la desconfianza.

De unos tuits se pasó a los periódicos digitales; de estos, a la televisión y a las demás redes sociales; y de la televisión y las demás redes sociales a algunos de los periódicos considerados como los más *prestigiosos* del mundo. Los medios más audaces aprovecharon para hurgar en los más mínimos detalles del caballero Rodari y recuperaron las preguntas que se había hecho un historiador local que, años atrás, cuando se levantó la estatua del conde, había puesto en entredicho aquella historia de caballeros rescatando a los ojos más bonitos de Francia y al que entonces nadie escuchó. También se habló de la relación amorosa entre el asesor del alcalde y la escultora Marie Badiou, y de cómo esta había influido en la posterior separación de su mujer, madre de su hijo. Y, sobre todo, se especuló sobre la personalidad del alcalde, al que se retrató como un hombre pagado de sí mismo a causa de su pequeño poder municipal y de su presunto caciquismo, que ejercía para asegurarse aquellas inusuales mayorías electorales. Y se repetía hasta la extenuación la frase que Laville había pronunciado ante los periodistas tras la caída de la estatua del conde Rodari: «Haremos lo que haga falta para devolverle la vida a esta columna. Lo que haga falta...».

Volviéndola a repetir y descontextualizándola de las demás declaraciones, utilizándola en los titulares en forma de pregunta, repitiéndola del derecho y del revés en las tertulias de televisión, en los artículos de los periódicos y en

los tuits en las redes sociales, convirtieron Gyors en un peligroso terreno magmático que en cualquier momento podía entrar en erupción.

«¿Qué hay que hacer para que un pueblecito francés aparezca en el mapa?», se preguntaban los medios de comunicación. Y si toda esta historia del estilista hubiera sido... No tenían pruebas, por supuesto. Pero el mal ya estaba hecho.

En la escuela pública de Gyors también se comentó la presencia del estilita; se convirtió, de hecho, en un tema fundamental. La temática se incorporó en el programa de ciencias sociales y era objeto de debate en clase: desde los falóbatas más antiguos hasta las batallas ecologistas de la chica que a finales del siglo XX subió a una secuoya con la intención de vivir en su copa durante unos años.

Los alumnos más pequeños de todas las escuelas de la comarca, en su salida trimestral de la asignatura de plástica, iban a pintarlo de buena mañana, todos juntos, y formaban una riada de batas azules, verdes, rojas y naranjas que convertían la suya en una procesión singular. Los niños preguntaban de dónde venía, cómo dormía, qué comía, cómo iba al baño, si sabía hablar con los pájaros... Volvían a clase con dibujos pintados al natural en colores vivos, con estrellas alrededor de su figura, rodeado por una bandada de golondrinas...

Los profesores les explicaban que, a pesar de que pareciera imposible, en nuestro mundo cualquier persona podía llegar a ser lo que quisiera; que, aunque fuera tan pequeño como el espacio que había en lo alto de la columna, todo el mundo podía encontrar su lugar.

La controversia sobre el santón, precisamente, había asustado a los comerciantes y había dado alas a Lawrence de Palma, el jefe de la oposición, y a sus seguidores políticos. Los primeros sentían que su negocio peligraba y su miedo los hacía vulnerables a los discursos más beligerantes, especialmente a los que hacían de la queja una manera de vivir. Los segundos habían descubierto una nueva arma para erosionar al gobierno. Con la ayuda de unos expertos en comunicación venidos expresamente de París, que habían identificado el pueblo y la figura del estilista como un elemento clave para la exposición de su relato político de ámbito nacional, empezaron a rumiar acerca de todo lo que podían hacer para sacar al santón de su columna. Eran una armada silenciosa, pero tenían fama de no reparar en daños.

A pesar de esta tesitura, los números no engañaban. Solo unas semanas después de que empezara la polémica, la lista de espera había aumentado a cinco años y los fines de semana cada vez acudía más gente al pueblo a visitar al estilista. De Berlín, de Londres, de Los Ángeles, de Tokio, de Buenos Aires, de São Paulo, de Sídney, de Hong Kong y de Atenas... De todos los rincones del planeta.

Cada día, en el despacho del alcalde o en la terraza del Van Van, las conversaciones versaban sobre este hecho. Parecía como si en el pueblo no sucediera nada más.

—Los periódicos insinúan que nos lo hemos inventado todo. Que somos «un atajo de impostores» —decía el alcalde—. ¿Seguro que no fuiste tú, Serge?

—Yo no. ¿Y tú? ¿Seguro que no has tenido nada que ver, Pierre?

—¿Te imaginas? —respondió el alcalde con una sonrisa cómplice—. La verdad es que si después de la desintegración de la estatua de Rodari hubiéramos vuelto a casa tranquilamente no habría pasado nada. Tú a hacer de profesor y yo a hacer de farmacéutico. Parece que al llegar a un cargo como el nuestro tengas que aferrarte a él con uñas y dientes y tengas que estar dispuesto a hacer lo que sea con tal de no perderlo.

—Hay gente que no entiende lo que hemos hecho, y la mayoría de los medios de comunicación les dan la explicación más razonable. Una que puedan digerir sin ponerlo todo en entredicho. No entienden lo misterioso.

—Sí —se quejó el alcalde—. Hace tiempo que le dieron la espalda.

Emmanuelle no había subido una escalera tan larga en toda su vida. Había visto cómo lo hacían los bomberos desde su terraza, y el alcalde, a pie de plaza, pero nunca había imaginado que fuera tan peligroso. Paso a paso, conteniendo la emoción, el día establecido con el alcalde y su asesor, antes de que el calendario del pueblo marcara el probable inicio de las lluvias de otoño, se plantó allí arriba, ante el estilita, con una esponja, un cubito lleno de agua, jabón y un neceser que contenía las cosas más básicas de un botiquín. Tenía media hora, más o menos, el tiempo que normalmente solía emplear en entregarle las provisiones.

—Hola —dijo al llegar arriba.

—Hola —respondió el estilita esbozando una sonrisa. Se miraron durante un rato.

—Hoy no te traigo comida, ya te lo debes de haber imaginado, ¿no? Vengo a asearte un poco, ya ves.

—Ja, ja... —rio el santón—. Muchas gracias. Seguro que me irá bien.

—También te he traído una sorpresa, un poncho impermeable para cuando lleguen las lluvias. Pero te lo daré después porque si me muevo mucho seguro que me pegaré un porrazo.

El estilita desató la cuerda de su pie, y, mediante un movimiento imposible, se colocó justo enfrente de su cocinera, y, con las piernas colgando de un lado de la columna, le ató la cuerda por debajo de los brazos, por encima del pecho.

—Así seguro que no te caes —le dijo.

Emmanuelle, por su parte, empezó a pasarle la esponja por los pies y por la herida que tenía en la pierna, con suavidad, como si fuera un miembro de

su familia; después le aplicó yodo y se la vendó... También le cortó las uñas.

—Hace tiempo que estás aquí arriba. Tienes garras en vez de dedos. ¿Por qué lo haces? —preguntó.

El estilita le contó que venía de muy lejos, que se había pasado media vida buscando respuestas a preguntas que en realidad no tenían respuesta; que, probablemente, hizo todo lo que había hecho para saber más. Más de todo... Para sentirle el palpito a la vida. Le contó lo que se experimenta cuando te pierdes en la naturaleza durante semanas, con la sola compañía de las estrellas; de la belleza que hay en el acto de plantar un árbol; de lagos helados que solo podían ser recorridos descalzo y de caminos rojos como el vientre del infierno. De hombres santos que vivían en las montañas con los que había convivido de pequeño, cuando perdió a sus padres, y de un joven misionero de quien aprendió el arte de hablar en otras lenguas. De la sabiduría de una encina milenaria e italiana que le había contado la historia del mundo, de una conversación con un leopardo de las nieves a más de cinco mil metros de altitud, de un risueño pajarito que lo acompañó durante un paseo de más de seis meses hasta los pies de aquella columna... Y también le habló de un espacio, cada vez más grande, dentro de su corazón, que lo conectaba con todo, con todos y cada uno de los hombres y las mujeres de la tierra.

—¿Y eso es lo que sientes? —intervino Emmanuelle.

—Lo que siento es que soy, puede que solo eso, que estoy aquí, ahora. Y que nada puede arrancarme ya de este momento.

Emmanuelle soñó con aquellos ojos azules durante toda la noche, durante muchas noches. Se le aparecían de repente en medio de la habitación, como si surgieran de la oscuridad más profunda. Sentía que la llamaban a ella, que solo la interpelaban a ella.

«¿Por qué había acabado tan deprisa aquella conversación?», se preguntaba constantemente. Nadie la había obligado a bajar de la columna, habría podido quedarse todo el tiempo que hubiera querido, habrían reanudado la retransmisión unos minutos más tarde y no habría pasado nada. Y, sin embargo, aquella media hora escasa se le había hecho eterna, como si mientras hablaba con él se hubiera suspendido el tiempo. Ahora sentía la necesidad de seguir escuchándolo, de oírlo, de estar con él, allí arriba, a su lado. Parecía tan sereno, tan auténtico, tan de verdad.

Desde la muerte de su marido nadie la había hecho sentir de esa forma. Puede que sus amigas, sus hijos o su nieta Sophie, de la que se ocupaba desde que su hijo se fue a vivir al extranjero... pero no era lo mismo. Ni mejor ni peor: no era lo mismo. Durante aquellas noches en que observaba al estilista superar con estoicismo las fuertes tormentas de otoño, se dejaba llevar, y, como si fuera un juego, se imaginaba perdiéndose con él por el mundo, subiendo y bajando montañas, durmiendo bajo las estrellas a la orilla de un río, cogiéndolo de la mano, paseando por el vientre del infierno y caminando sobre lagos helados que solo podía cruzar descalza. Descansando, reclinada sobre su pecho, intentando que no se les enmarañara el pelo.

A pesar de que las casas de apuestas premiaban diez a uno la posibilidad de que otro rayo descabalgara de la columna del caballero Rodari a su nuevo inquilino, de que las tormentas se hubieran instalado de nuevo sobre el pueblo sin misericordia y de que las descargas eléctricas cayeran tan cerca que parecía que le pudieran acariciar las mejillas, el estilista disfrutaba mucho con la lluvia. Cada vez que había un chaparrón, se quitaba la capucha para dejar que la lluvia le mojara la cara. Notaba cómo el agua le resbalaba por la frente, la nariz y los labios, y después sobre el poncho que le había dado Emmanuelle. Sentía cómo las gotas seguían resbalando por los laterales de la columna y cómo, superando el empedrado de la plaza por los únicos resquicios posibles, penetraban más allá del subsuelo y se dirigían hacia las capas más profundas de la tierra, hacia ese lugar donde reinaban la arcilla de los antiguos lechos de los ríos y las conchas que el abismo marino había dejado antes de retirarse de forma definitiva.

Y allí, en lo alto de la columna, en estrecho contacto con la naturaleza, el estilista se sentía animal. Tan limpio como un águila real a punto de emprender su primer vuelo, tan libre como un pingüino que da su primer salto, tan atrevido como un conejo que sale por primera vez de su madriguera.

Se sentía pequeño.

Feliz.

Fugaz y a la vez continuo.

En el pueblo, inevitablemente, la polémica llegó otra vez al Concejo Municipal, y las palabras que se pronunciaron en el consistorio, con una cobertura nacional sin precedentes, tuvieron su propio eco en todo el país.

—El castillo de cartas que había construido se le está viniendo abajo, señor alcalde —le dijo el líder de la oposición a Laville en su primera intervención—. Y no solo se está poniendo en duda la idoneidad de tener a un vagabundo sobre la columna de nuestro conde, sino que incluso se está poniendo en duda la historia de nuestro propio conde. Y eso no habría ocurrido si se lo hubiera pensado dos veces antes de tomar una decisión tan irresponsable. El viejo Simeón pasó más de cuarenta años sobre una columna... Señor alcalde, ¿cuánto tiempo le ha concedido a este pordiosero?

—Eso ya lo explicamos en su momento. Todo el que quiera —le respondió el alcalde procurando esquivar los demás argumentos que De Palma había puesto sobre la mesa—. Así se lo prometimos.

—Tenga en cuenta que fue una promesa que hizo usted, señor alcalde. El año que viene hay elecciones en el pueblo, y le aseguro que, si ganamos, lo primero que haremos será sacar a ese vagabundo de ahí arriba —amenazó el jefe de la oposición—. Y permítame que le recuerde que para devolverle la vida a nuestra columna solo hay que hacer una cosa: colocarle encima otra estatua. Nos fue bastante bien durante los años que tuvimos una, y, además, no suscitó ninguna controversia.

—Aunque no se lo crea, señor De Palma —dijo el alcalde aprovechando un hueco para volver a presentar sus credenciales—, la polémica nos impulsa hacia delante. Y si cuando haces algo nadie se ofende, y que quede claro que siento mucho que los demás sufran, puede que signifique que no has hecho

nada que nos haga realmente mejores.

—Pero ¿usted no sabe que manda para todo el pueblo? ¿Que tiene que representarnos a todos? —dijo el jefe de la oposición levantando la voz.

—Sí, señor De Palma, yo represento a todo el pueblo —respondió Laville —, pero gobierno en la dirección que acordamos con mis electores. Para eso votamos con regularidad, ¿recuerda? Para elegir un punto de vista. Y, algunas veces, entre los diferentes puntos de vista nos ponemos de acuerdo, y cuando ocurre es fantástico... pero si no es así, pues no pasa nada. Tampoco hay que dramatizar. ¿Cuánta gente comparte su idea de pueblo, señor De Palma? Gane la mayoría y la dirección de la Comuna de Gyors de la Montagne será suya y de sus votantes.

Era un duelo a muerte, no cabía duda. Nunca antes la división de opiniones había quedado tan patente ni De Palma había defendido sus argumentos con tanta vehemencia. Y eso hizo reflexionar al alcalde. De hecho, incluso lo hizo dudar de su propia postura.

—Los sabios dicen que cualquier virtud puede acabar convirtiéndose en vicio —le dijo a Serge, su asesor—. ¿Crees que deberíamos ceder, primo?

—Estamos en plena tormenta, esperemos a que amaine. No hemos hecho nada mal, hemos hecho algo inusual —respondió su asesor—. Pero tienes razón, Pierre, a veces da mucha pereza perseverar en la defensa de las propias ideas... Como si no las hubiéramos explicado bastante bien la primera, la segunda ni la tercera vez.

—No me da pereza, Serge, ya he aprendido que las cosas hay que repetirlas tantas veces como sea necesario. Pero voy perdiendo fuerzas... Y, ahora, toda esta mala leche, y lo del presidente. En realidad, ni los que están de nuestro lado lo están por convicción, solo piensan en sí mismos, en su propio interés. No sé cómo se lo montan los que tienen que dirigir todo el país. Por suerte, somos un pueblo pequeño.

—Al final, lo de llenar tu agenda con otros actos nos ha bastado para retrasarlo hasta Navidad —dijo Serge—. Pero los del gabinete del presidente me han dicho que si no podías asegurar tu presencia porque tenías otra reunión con la comisión de disfraces medievales o con los heladeros del pueblo, se reunirán con el estilista sin nosotros. Así que no hemos podido aguantar más. Al menos dicen que D'Alamede quiere algo sencillo.

A pesar de estar en el centro de todo el *show* mediático que habían provocado las críticas y la cobertura nacional del pleno municipal, un punto al que nadie del ayuntamiento habría querido llegar nunca, la mayoría de la opinión pública prefería seguir creyendo en el estilita. Precisamente porque seguían viéndolo como alguien ajeno a todas aquellas disputas. Libre, virgen. Y eso gustaba. Así que al ayuntamiento de Gyors no le sorprendió que la confirmación definitiva de la visita del presidente de la nación llegara en ese preciso momento. Aterrizaría en el pueblo después de las lluvias, justo antes de las fiestas de Navidad.

El presidente Maximiliane d'Alamede quería algo sencillo. Pequeño. Eso habían dicho los miembros de su equipo. Una visita que transmitiera complicidad, que lo liberara durante un rato de su carga aristocrática y altiva. Algo que las encuestas reclamaban con urgencia desde hacía tiempo y que debía poner en práctica si quería ganarse en las urnas su reelección.

Pero «pequeño», para él, significaba llegar escoltado por veinte fotógrafos acreditados, pertenecientes a agencias de todo el globo, para hacerse un centenar de fotos en la escalera con el estilita durante un encuentro que debía durar quince minutos. «Pequeño» significaba que se adueñaría del espíritu del santón, que su visita rompería la magia que acompañaba al hombre que había subido a la columna para realizar un viaje interior en solitario, no en compañía del presidente. Y el resultado de todo aquello sería que, a partir de ese momento, en todos los buscadores de todas las webs del mundo (salvo en China, que había creado un cortafuegos para censurar todo lo que tenía que ver con el estilita), cuando se buscara una imagen del santón, presentarían a D'Alamede a su lado.

Justo lo que, desde el primer día, el gobierno de Gyors había procurado que no pasara.

El estilista, por su parte, continuaba explorando todos los rincones de la pequeña plaza Mayor de Gyors. Las caras de admiración de algunos visitantes y las risotadas de sus hijos adolescentes, la terraza de Emmanuelle y los gorriones que comían los frutos que les ofrecían sus plantas, los cautivadores capiteles de las columnas que bordeaban el lugar.

Si se dejaba llevar, podía oír, incluso, las voces de las miles de almas que habían caminado por la colina donde se había construido su columna. Podía sentir el sudor de los hombres y las mujeres que habían trabajado de sol a sol para que sus seres queridos tuvieran algo que llevarse a la boca, el sufrimiento de todos los que habían pedido ayuda y la generosidad de quienes los habían cobijado de la intemperie. Podía sentir el dolor que habían causado todas las malditas guerras entre hermanos y también los momentos de alegría que había provocado la lucha por la libertad.

Las emociones de todos aquellos que defendían algo nuevo... el afán y el esfuerzo de quienes construían sus propios proyectos... La esperanza de quienes confiaban en el futuro y la incertidumbre de quienes eran conscientes de que mucho de lo que iba a pasar no dependía exclusivamente de ellos...

La vida era eso.

Eso y nada más.

Un instante incompleto.

Un aliento cargado de amor que poco a poco iba perdiendo fuerza.

Emmanuelle quedó de nuevo en su casa con sus amigas. Era la primera vez que se veían después de su visita al estilista y sabía que la cena iba a convertirse en un interrogatorio.

—¿Qué? —le preguntaron sentadas a su alrededor.

—¿Qué de qué? —respondió Emmanuelle.

Y ya se echaron a reír. Sus cenas eran así, de una diversión infinita.

Le preguntaron de todo: qué timbre de voz tenía, de qué color eran sus ojos, si le había parecido sexi o si olía mal. Le propusieron que le dejara una nota en la cesta de las provisiones, que lo invitara a cenar a casa, que le hiciera el amor en lo alto de la columna.

—Chicas, que Sophie vive conmigo —respondió—, vosotras todavía no sabéis lo que es ejercer de abuela. ¿Cómo queréis que traiga a casa a ese hombre con la niña durmiendo en la habitación de al lado?

—Vamos, cosas peores has hecho, Emmanuelle —replicó una.

—Venga ya, solo decís tonterías —las riñó.

—Ay, ay, ay, que Emmanuelle se nos ha enamorado...

Y se echaron a reír.

—Chicas, como sabéis muy bien —respondió Emmanuelle con una actitud fingidamente grave—, un amor verdadero siempre tiene algo de imposible.

A la mañana siguiente de la cena, Emmanuelle fue a visitar al alcalde y a Serge, su asesor. Tenía intención de contarles la confidencia que le había hecho una de sus amigas, que era familiar de Lawrence de Palma. Parecía que se estaba preparando una manifestación en contra de la presencia del estilita en el pueblo durante la futura visita del presidente. Era un momento clave para llevar a cabo su estrategia de agitación. Corría el rumor de que llevarían huevos y se los tirarían precisamente a ellos, a Pierre, a Serge y a todos los miembros del gobierno de la comuna; que al parecer, también iban a construir columnas efímeras donde se colocaría el jefe de la oposición para dar arengas por todo Gyors; que acudiría gente de otros pueblos y el follón estaba asegurado.

El alcalde y el asesor le agradecieron su visita y le respondieron que la información ya había llegado a sus oídos. Que no se lo tomara tan a pecho, porque cuando la gente expresa opiniones tan vehementes, en realidad se retrata a sí misma. Que ellos habían hecho lo que habían creído más conveniente y que, de alguna forma, lo habían hecho con la mejor intención del mundo. Sobre todo ella, Emmanuelle, a quien nunca podrían agradecer lo suficiente su trabajo y su implicación. Que, evidentemente, había que tomarse en serio esa información, que puede que se lo hubieran buscado ellos mismos por desafiar la normalidad, y que, tal vez, había llegado la hora de pagar por ello. Que tenían que pensar qué iban a hacer, porque todavía no lo sabían, pero que la mantendrían informada en todo momento.

Una vez acabada la jornada, el alcalde y su asesor se reunieron de nuevo en una de las mesas más apartadas del Van Van, la que solían utilizar para las reuniones importantes. Era evidente que los acontecimientos se habían precipitado. La oposición había tomado el atajo de la confrontación y, en esos términos, si es que cabía hablar de una batalla, nadie saldría vencedor.

—¿Y si lo dejamos aquí, Serge? —dijo el alcalde sin rodeos.

—No sé, Pierre —respondió el asesor—. Tú decidiste que se quedara y solo tú puedes obligarlo a marcharse.

—Hace más de nueve meses que empezó todo esto. A estas alturas, el mundo entero nos conoce, hemos colocado el pueblo en el mapa del planeta. Es evidente que a partir de ahora solo nos traerá quebraderos de cabeza. No nos podemos permitir un conflicto de esta clase, Serge. No merece la pena.

—Pero, Pierre, ¿estás seguro?

—Podríamos pedirle que se vaya, no obligarlo a irse. Explicarle lo que está pasando, que sepa que su presencia está a punto de afectar a la convivencia. Comprenderá que no es el momento adecuado para seguir ahí arriba.

—¿Y cómo se lo decimos? —preguntó el asesor.

—Tenemos media hora. Las cámaras se apagan a medianoche por lo del servidor, ¿no?

—Sí —respondió Serge.

—Pues ya está. Subo, se lo explico y ya veremos lo que dice.

—Alcalde, sabes perfectamente que de esta saldremos como perdedores, quedaremos como los que se rindieron a la presión, como los que no cumplieron lo que habían prometido.

—Serge, no te preocupes —le dijo Laville—. A veces hay que perder, aunque solo sea para que vuelva a quedar claro para todos dónde está la victoria.

Faltaban solo cuatro días para la llegada del presidente, y a media noche Laville, Serge y el jefe de bomberos se reunieron a los pies de la antigua estatua del conde Rodari. Todo bajo la atenta mirada de Emmanuelle, que se quedó acodada a la baranda de su terraza. Cuando la retransmisión de la vida del estilista se detuvo, desplegaron rápidamente la escalera para que el alcalde pudiera explicarle lo que estaba pasando.

—Buenas noches, amigo —le dijo Laville.

—Buenas noches, señor alcalde —respondió el estilista—. Debe de pasar algo especial para que suba a visitarme, supongo.

—Sí.

El alcalde le expuso los hechos, un resumen de los acontecimientos más destacados desde que habían hablado por primera vez. Le habló tanto del impacto que su presencia en la columna había causado en todo el mundo como del que había causado en el propio pueblo; citó desde sus fotografías en las revistas y periódicos más prestigiosos del planeta hasta los murales que habían realizado con su imagen los alumnos del colegio municipal del pueblo. También le explicó la situación que lo había empujado a subir de nuevo la escalera y de todos los problemas a los que se enfrentaban.

—Las prisas nos hacen débiles —dijo el estilista tras escucharlo y reflexionar durante un momento—. Y muchos todavía no os habéis dado cuenta...

—¿Qué quieres decir? ¿No quieres irte? —preguntó el alcalde, intranquilo.

—Solo pensaba en voz alta, señor alcalde —respondió el estilista—. En realidad, no era necesario que me diera tantas explicaciones. Ya le dije que

me quedaría hasta que me dejaran. Mi estancia en lo alto de su columna ha sido maravillosa, por eso no me queda más que agradecerles sinceramente su hospitalidad.

—¿Estás seguro? —respondió Laville sorprendido ahora por la respuesta del estilita.

—Si no fuera así, no se lo diría.

El alcalde y el estilita intercambiaron una mirada de sentido reconocimiento, y a ambos se les pasó por la cabeza que si se hubieran conocido en otras circunstancias quizá habrían llegado a ser amigos.

—Déjame que te haga una pregunta antes de bajar. ¿Has descubierto algo durante todo este tiempo? ¿De qué te ha servido todo esto?

—Puede que no le guste lo que voy a decirle, señor alcalde. Lo cierto es que se trata de un conocimiento íntimo que es muy difícil compartir, no puede explicarse bien con palabras... Y cuando alguna vez lo he intentado con algo parecido, lo que más he ganado han sido enemigos.

—Pues déjalo correr, que aquí ya tenemos bastantes enemigos... Escucha, lo siento, pero solo quedan tres días, después tendrás que bajar. Hazlo cuando quieras. ¿Necesitas ayuda?

—Bajaré de la misma manera que subí.

El alcalde volvió a mirarlo fijamente a los ojos y le estrechó la mano.

—Has estado a la altura de la oportunidad que te dimos y te has ganado nuestro aprecio —le dijo—. Aunque sea en otro lugar, espero que sigas disfrutando de tu viaje.

El estilista no permaneció allí ni una sola noche más. Tras la visita del alcalde, esperó a que clareara el día y aprovechando el momento en que los primeros rayos de sol le acariciaban el rostro, se puso a meditar. Una meditación larga, completa; la mejor manera de reunir todo lo que había sentido durante aquellos meses para que reposara muy dentro.

Cuando las campanas de la iglesia de Gyors dieron la medianoche, cogió la cuerda con la que subía la comida que le traía Emmanuelle, hizo un lazo alrededor de la columna y, con el chal alrededor del cuello, se descolgó hasta el suelo. Hasta el mismo lugar en que los días laborables Ferdinand Moustache se sentaba a fumar un cigarrillo.

El santón dirigió la mirada hacia la terraza de Emmanuelle y la vio observándolo entre los limoneros; y ambos se unieron en una sonrisa tierna y afectuosa.

Después dio tres vueltas a la pequeña plaza Mayor del pueblo, miró hacia la columna y se imaginó a sí mismo allí arriba, solo, como si fuera otro. Y justo cuando cruzaba los arcos que delimitan la pequeña plaza Mayor de Gyors de la Montagne, cuando ya dejaba atrás al vigilante nocturno que dormía sentado en una silla, volvió sobre sus pasos y murmuró: «Gracias».

Puede que solo se hubiera guiado por la profunda intuición de que la vida no es únicamente lo que entendemos, sino muchísimo más, pero, en cualquier caso, fue ese sentimiento íntimo el que hizo que el estilita subiera a la columna. Y solo cuando estuvo allí arriba —al deshacerse de todos los complejos de su existencia—, consiguió que sus latidos coincidieran con el latido del mundo.

Con toda seguridad, habría sido más sencillo estrechar su visión de las cosas para que resultara más comprensible, pero él prefirió ampliar su encuentro con los misterios del cielo y de la tierra, tal y como, con sinceridad y humildad, intuyó que necesitaba. Sabía más y creía menos, sentía más y pensaba menos. Notaba, como nunca había notado con tanta claridad hasta entonces, que formaba parte de un todo.

Algo mágico.

Único.

Inigualable.

Sophie, la nieta de Emmanuelle, dijo en clase que lo había visto bajar de la columna con sus propios ojos, desde la terraza, en brazos de su abuela, que la había dejado quedarse un rato a mirar las estrellas porque no podía dormir. En Villers du Papiol, un pueblo vecino, comentaron que un hombre con el mismo aspecto que el estilista se había subido a una autocaravana y se había ido en dirección a la autopista. Alguien del mismo pueblo dijo que lo había visto en bicicleta.

Los dueños de un bar que se llamaba La Cale de la Nuit, algo más lejos todavía, afirmaron en televisión que habían servido un café americano y un bocadillo de queso a un hombre idéntico, y que se habían dirigido a él con gestos y signos improvisados porque hablaba un idioma extraño e incomprensible.

Salvo el pobre vigilante de seguridad de la pequeña plaza Mayor de Gyors, en todas partes había alguien que creía haberlo visto, y eso, probablemente, era una primera señal de que ya se empezaba a echarlo de menos.

El alcalde volvió a hablar con los medios de comunicación internacionales durante una conferencia de prensa multitudinaria que se convocó para la ocasión. Laville les dijo que la historia del estilista había acabado, que le habían abierto el corazón a un hombre sincero y que no tenían ninguna queja, porque su respuesta había sido impecable. Que, a veces, las cosas acaban así, de forma imprevista, porque los finales no siempre son perfectos como en los cuentos. Que nunca habían sabido que un hombre como él llegaría a su pueblo y que tampoco sabían por qué había decidido marcharse. Que, desde fuera, era difícil imaginar lo que podía haber sentido o aprendido el estilista, pero que, en todo caso, esas cosas de dentro («de dentro», dijo) era mejor no explicarlas porque a menudo solo provocaban burlas y desdén. Que el ayuntamiento de Gyors estaba contento de haber transmitido al mundo entero una experiencia de aventura interior que, por encima de todo, los había conmovido profundamente. Que la vida nos sorprende con hombres extraordinarios y que ellos habían tenido la suerte de presentarle uno a todo el planeta. A un hombre que siempre considerarían ciudadano de Gyors de la Montagne.

Los medios de comunicación obtuvieron lo que esperaban. Más espectáculo, más madera. Y lo agradecieron. La mayoría compró el discurso de la alcaldía y le añadió toda clase de florituras. Sin duda, era lo más fácil. Salvo a los verdaderos implicados en la historia, que decidieron no añadir nada al discurso oficial del alcalde Laville, entrevistaron prácticamente a todo el pueblo y concluyeron que, pese a De Palma y sus seguidores, la mayoría había vivido positivamente aquella experiencia. Habían seguido ganando dinero, los había hecho famosos en todo el mundo y la satisfacción de pertenencia al pueblo había aumentado. A casi todos los entrevistados les gustaba decir que eran de Gyors.

También hubo medios, sin embargo, que optaron por destacar otros aspectos de la historia. Se preguntaban de qué le había servido a Francia adoptar a aquel extraño personaje; sostenían que su experiencia no se adecuaba a una sociedad que iba en una dirección, como mínimo, opuesta. Cuestionaban la legitimidad del Concejo Municipal de Gyors y de su alcalde para hacer aquellas declaraciones de tono paternalista que lo único que pretendían era defender un punto de vista irreal que no tenía los pies en la tierra, una manera de ver la vida que no suponía ninguna mejora, sino que, al contrario, era más bien una fábrica de locos, inadaptados y rebeldes.

La pequeña plaza Mayor de Gyors, aquel lugar donde antiguamente algunas parejas atrevidas iban a hacer el amor cuando la luna era nueva y donde algún sintecho dormía durante las noches más cálidas de verano, que durante siete años había tenido a un caballero como estrella principal y durante nueve meses a un estilista, se veía más vacía que nunca, suspendida en el tiempo, entre neblinas, como una amante sin pareja que espera que algo vuelva a colmarla y a darle vida.

El ayuntamiento dejó de retransmitir la experiencia vital del estilista y en la web municipal se dejó una pieza audiovisual que resumía en cinco minutos aquellos nueve meses suyos sobre la antigua columna del conde Rodari. Se podía ver al estilista mirando con curiosidad a los visitantes que iban a verlo el fin de semana, meditando, disfrutando de la lluvia y comiendo algunos de los platos que le había cocinado Emmanuelle. No hacía justicia a todo lo que había pasado, claro está, pero ya formaba parte del ámbito de la promoción de una villa que ahora tenía que volver a consolidar sus puntos de referencia.

En Gyors de la Montagne, tras el descalabro de aquellos días, la vida no volvió a ser la misma. Bueno, lo era, pero quizá se había conformado de otra manera. No se podía decir que el pueblo hubiera cambiado radicalmente, es cierto, pero sí que quizá se había transformado un poco. Durante aquellos nueve meses, el gesto del estilista, como mínimo, había hecho reflexionar a sus ciudadanos a diario, e incluso desplazarse, aunque solo fueran tres dedos, hacia otro terreno. Un terreno más atento a la imaginación, a la experiencia de revelación y a otro modo de enfocar la vida. Nada era mejor que antes, o no era mucho mejor; también se veía gente triste paseando por la calle, pero eran personas con mal de amores, que es difícil de combatir, y, en todo caso,

eran hombres y mujeres más conscientes de su propia tristeza y por esta razón, aunque fuera un poco contradictorio, hasta podían disfrutar mínimamente de ella.

Con su gesto, exponiéndose al cien por cien a los ojos del mundo entero, en realidad el estilista había entregado una porción de su propia vida para que sirviera de ejemplo. Los filósofos y pensadores más relevantes del planeta analizaron su experiencia y todo lo que había significado. Hablaron del hecho de que la subida del estilista a la columna de la pequeña plaza Mayor de Gyors de la Montagne, con aquella desaceleración total, era una metáfora de todas las cosas diferentes que podíamos hacer a la hora de vivir y convivir. Que por encima de todo se trataba de un gran acontecimiento, como los atentados, las catástrofes naturales, las guerras o las obras de arte que antiguamente habían hecho temblar el mundo. Que se trataba de una irrupción imprevisible en la vida a la que estábamos acostumbrados, una ruptura incontrolable, y que, por esa misma razón, de una manera u otra podía (o debería) haber afectado a todo el mundo. Se viera como se viera, decían esos mismos intelectuales, había tenido una notable repercusión en el pueblo, en el país y en el mundo entero. Como mínimo, y para siempre, existiría un antes y un después del estilista que había estado durante todo ese tiempo en el centro de las vidas de todo Gyors.

Emmanuelle, el alcalde y Serge quedaron para cenar. Solo ellos y el jefe de bomberos, que había jurado guardar el secreto eternamente, sabían cómo habían ido realmente las cosas, y necesitaban una botella de vino y una conversación catártica.

—Al final, podemos estar contentos, hemos salido bastante bien parados de todo este torbellino —les dijo Laville.

—Dentro de lo que cabe, sí, bastante bien —respondieron Emmanuelle y Serge a la vez.

—No sé qué más podríamos hacer para que este pueblo vuelva a brillar —prosiguió Laville.

—Tomémonos un tiempo para digerirlo. Ya saldrá algo —respondió el jefe de gabinete.

—¿Qué estará haciendo ahora el estilista? ¿Por dónde andará? —preguntó Emmanuelle.

—Ya no nos incumbe —le respondió el alcalde—. Solo podemos desearle toda la suerte del mundo.

Si ya has vivido una travesía del desierto, cuando tienes otra delante de tus narices reconoces todos sus elementos y sabes que tienes que concentrarte en disfrutar de los sorbos de agua que te ofrecen los que saben que tienes sed y recordar que, tarde o temprano, siempre hay un oasis esperándote.

Cuando faltaba medio año para la nueva contienda electoral en el pueblo, el alcalde, Pierre Laville, decidió no presentarse a la reelección. «Doce años gobernando son suficientes», le explicó a Serge. No hizo falta que dijera nada más.

Laville se preparó para abandonar la política y volver a su farmacia, y el asesor para recuperar su plaza en la universidad. El primero tenía ganas de volver a prestar un servicio más directo a los habitantes del pueblo, de ayudarlos, como creía que había hecho como alcalde, pero de una manera más cercana, de tú a tú. Y, sobre todo, deseaba dedicar más tiempo a su familia y, de paso, ahorrarse las críticas y los quebraderos de cabeza que se derivaban de estar en el centro de la acción del Concejo Municipal. «No se gobierna ni a gusto de los que te han votado», solía decir. Serge, por su parte, tenía ganas de volver a pisar las aulas y de encontrarse con los jóvenes que todavía soñaban con la vida que querían tener y sentir su energía llena de emociones. Quería transmitirles todo lo que sabía, que no era mucho, pero que a él le había servido. «Lo único que me gustaría conseguir es encender la chispa de vuestra curiosidad», les quería decir, pensando que, quizá de este modo, les haría comprender que él solo podía acompañarlos durante las horas que coincidieran en clase y que, en realidad, todo dependía de ellos. Que el conocimiento es un viaje que se hace solo. Y que, como el estilita, si te comprometías de verdad, podía conducirte por los caminos más inesperados.

En Gyors de la Montagne, a eso de las seis y media de la mañana, cuando el rocío ya había dejado las flores bien húmedas y frescas y en el horizonte se adivinaban las primeras luces del alba, Ferdinand Moustache, el barrendero más viejo de la brigada, cruzaba la rue de Paris y enfilaba la pequeña plaza Mayor del pueblo para empezar su jornada laboral.

Aquel día, sin embargo, justo cuando hacía poco más de un año desde que el estilista se había ido y algo más de tiempo desde que un rayo había roto en mil pedazos la estatua del conde Rodari, el maestro barrendero no tuvo el ánimo suficiente para sentarse en los peldaños de la base de la antigua estatua ecuestre, ni de quitarse los guantes de las manos, desabrocharse el primer botón del mono de trabajo, buscar en los bolsillos el paquete de tabaco, el papel de fumar y el mechero para encenderse un cigarrillo.

—Buenos días —dijo cuando la responsable de seguridad e imprevistos del municipio descolgó el teléfono.

—Moustaaaaache, ¿tan pronto? ¿Otra vez tú? —le respondió—. ¿Y ahora qué pasa?

—Ja, ja —rio el barrendero—. Que venga todo el mundo.

Allí, en el centro de la plaza, al lado de la antigua columna del conde Rodari, en aquel lugar tan extraño para instalar una casa, los bomberos, los miembros de la brigada, la policía local, los ciudadanos que ya se habían concentrado alrededor y el alcalde Laville y su asesor tenían ante sus ojos una enorme caja de madera de más de tres metros de altura con sellos aduaneros pegados por todas partes escritos en idiomas que parecían imposibles de descifrar. La visión de la caja era imponente.

—De verdad, lo de nuestro pueblo es surrealista —dijo el alcalde al jefe de bomberos.

—Podríamos intentar abrirla, no creo que sea una bomba —respondió el jefe.

Laville y el maestro barrendero tocaron la caja, le pegaron unos cuantos golpes y escucharon cómo resonaba. Dieron vueltas alrededor de ella, siguiendo el hilo de algunas de las palabras que sí entendían.

—Esto viene de China, señor alcalde. ¿Beijing no es Pequín, la capital? —preguntó Moustache.

El jefe de bomberos trajo un hacha grande y rompió de un golpe seco el candado que protegía la caja, y, haciendo palanca en una de sus tablas, descubrieron lo que había dentro.

Moustache se echó a llorar de emoción. La gente aplaudió instintivamente. Nadie acababa de creérselo.

Allí, justo en el centro de la plaza, resplandeciente como un rayo, relucía una estatua dorada que representaba al estilista de Gyors de la Montagne.

Dentro de la caja que había transportado la estatua del estilista desde tan lejos, encontraron una placa que, siguiendo las especificaciones escritas en un sobre adjunto, se debía colocar en la columna, «a la altura de un niño de siete años, porque ya sabe leer y todavía es capaz de pensar con el corazón».

El alcalde Laville ordenó que la trasladaran al patio central del Concejo Municipal de Gyors hasta que decidieran qué hacer con ella. Una decisión que no era demasiado difícil. Estaba claro que su destino era ocupar el lugar donde antes había descansado la estatua del conde Rodari y después había vivido el estilista.

Una vez finalizado el momento de alegría y perplejidad y desalojada ya la plaza, mientras los miembros del equipo de gobierno la abandonaban para volver al ayuntamiento, Laville cogió del brazo a su asesor.

—Te he visto una sonrisita pícaro durante toda la mañana, Serge —dijo el alcalde a su primo.

—Venga, hombre, Pierre —respondió.

—Tú sabías lo que había dentro desde antes de que te avisaran, ¿no? Has sido tú, ¿verdad? Tú llamaste a Badiou.

—Al final pude contactar con ella, es cierto, pero me dijo que hacía mucho tiempo que no trabajaba por encargo.

—Pero ¿no decías que nosotros no debíamos hacer nada? Aquello de dejar que todo pase ante nosotros como tenga que pasar...

—Precisamente por eso, solo yo podía romper esa regla —respondió Serge.

—Vaya cara... —dijo el alcalde riéndose mientras se alejaba—. ¡Bien hecho, primo! ¡Bien hecho!

La estatua del estilista de Gyors de la Montagne permaneció expuesta durante dos semanas en el patio del consistorio y todo el pueblo fue a verla. Mucha gente de fuera y también periodistas de todo el planeta se volvieron a congregarse en aquella pequeña villa de Francia que, como el ave fénix, volvía a renacer a los ojos del mundo.

Los medios intentaron ponerse en contacto con la escultora Marie Badiou, pero había desaparecido de nuevo, dedicada en cuerpo y alma, según su marchante, a sus trabajos presentes y futuros. Así que, en un extraño acto de contrición, fue el crítico Bernie Bede el que tuvo la oportunidad de expresarse de nuevo y de hacer, de algún modo, de portavoz artístico de la obra. El espacio que encontró volvió a ser la columna de un prestigioso periódico inglés, que fue reproducida en varios medios internacionales: «Más allá de la perfección a la hora de esculpir la figura humana, del gesto decidido y espiritual y de la belleza de su mirada —escribió Bede—, la gran Marie Badiou ha sabido incorporar a esta obra todo lo que algunos no supimos ver: un sencillo y cautivador anhelo de libertad».

La vigilia del acto de presentación de la efigie del estilista de Gyors, el alcalde, Emmanuelle y Serge estaban radiantes de alegría. Por la noche, mientras los operarios la colocaban sobre la columna, se reunieron bajo la nueva estatua.

—Hay que agradecerle a Badiou —dijo Emmanuelle— la alegría que nos ha dado. Pero tengo que decirles que el estilista tenía una mirada mucho más intensa.

—Sí, puede que sí —coincidió el alcalde.

—Nadie lo vio tan de cerca como vosotros —dijo el asesor—. No se lo tengáis en cuenta. Lo que ha hecho muy bien es darle esa tonalidad dorada. Con los primeros rayos de sol de la mañana, nos iluminará toda la comarca.

—Hemos tenido suerte, Pierre —afirmó Emmanuelle—. Quién nos habría dicho, hace unos meses, que ahora mismo tendríamos otra estatua plantada aquí, sobre la columna más grande de Gyors.

—La suerte siempre tiene algo que ver —respondió el alcalde—. Pero algo habremos hecho bien.

—Confiamos en él. Y si ya es difícil entregarse a las personas que quieres, todavía lo es más cuando se trata de un extraño —añadió el asesor.

—Para que tuviéramos una nueva estatua en el pueblo, alguien tenía que hacer algo extraordinario, y este hombre nos lo regaló. Sin ni siquiera pedirlo. Quebraderos de cabeza aparte, solo nos ha costado una cámara digital, un sitio web y algunas horas en la cocina haciendo recetas vegetarianas... —recordó el alcalde.

—Y un poncho —añadió Emmanuelle sonriendo.

Justo un mes antes de las elecciones, tuvo lugar en el pueblo la presentación de la estatua del estilista de Gyors de la Montagne. Era el último acto oficial del alcalde y del equipo de gobierno del Concejo Municipal.

La policía local, la brigada encabezada por Ferdinand Moustache, los bomberos, Serge, Emmanuelle, Sophie y el alcalde Laville estaban en la primera fila. Detrás de ellos, los miembros de la oposición, con De Palma encabezando el grupo, y Maximiliane d'Alamede, que había acudido a título personal, acompañado por dos miembros del equipo de seguridad asignados por ley a los expresidentes.

—¿No querías una estatua? —no pudo evitar susurrarle Laville al jefe de la oposición cuando lo tuvo cerca—. Pues ya la tienes.

El gobierno decidió que en el edificio donde se había colocado la cámara que había grabado el viaje del estilista pondrían un pararrayos enorme para evitar futuras desgracias. También acondicionaron la entrada al espacio y aprovecharon para levantar una pequeña torre con televisor para que el vigilante nocturno no se les volviera a dormir nunca más.

Los vendedores de *souvenirs* y *merchandising* dejaron atrás los callejones estrechos y empinados del casco antiguo y volvieron a instalarse bajo los arcos de la pequeña plaza Mayor de Gyors. El asesor del alcalde les pidió que no olvidaran reproducir en sus productos la imagen real del estilista, además de su estatua. Temía que el gesto de aquel santón quedara relegado como algo del pasado en la memoria colectiva. Cuanto más vivo se viera al estilista en las reproducciones, camisetas, gorras o pañuelos, más cercano a la gente permanecería su recuerdo.

Cuando inauguraron la estatua, la nieta de Emmanuelle, Sophie, que tenía

siete años, acompañada de un grupo de niños y niñas de su clase, fue la encargada de descubrir la placa, tal y como había indicado la escultora Marie Badiou.

«Sobre esta columna se sentó a contemplar el mundo el estilista de Gyors de la Montagne, y todos nosotros, gracias a su ejemplo, aprendimos a mirarlo de otra manera.»

El pequeño pueblo de Gyors de la Montagne tenía una nueva estatua; en la isla de Lombok, el enésimo terremoto había sacudido el anillo de fuego del Pacífico; y parecía que las nuevas tecnologías cambiarían para siempre la manera de vivir.

Al estilita se lo había tragado definitivamente la tierra. Continuó habiendo gente por todo el planeta que afirmó haberlo visto, pero nadie pudo aportar ninguna prueba fehaciente que confirmara la veracidad de tales afirmaciones. En Hollywood, se rodó una película que contaba su historia y que tuvo un éxito planetario, y un joven escritor de origen prusiano escribió una novela corta que inundó las estanterías del mundo entero.

La pequeña plaza Mayor de Gyors de la Montagne resplandecía de vida, pero, a pesar de los consejos del asesor, el hecho de tener otra estatua con los mismos motivos de exaltación de un pasado común y reverencial le fueron quitando, poco a poco, su aire rebelde y la acercaron, de nuevo, a aquella idea aglutinante de un tiempo mítico y glorioso. Una época que cada día parecía más lejana, como si todo hubiera sucedido hiciera más de mil años.

Las cosas, pues, seguían su curso natural, como el agua de los ríos. De las montañas al mar y, del mar, de nuevo a las montañas. Y la mejor manera de seguir contemplando el mundo, como siempre había sido, era buscando un lugar bien alto, ahí arriba, bien cerca de las estrellas.

El estilista
Uri Costak

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Uri Costak, 2019
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© de la traducción, Ana Ciurans Ferrandiz, 2019

© de la imagen de la cubierta, Patricia Bolinches

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-233-5547-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com